

HERALDOS DEL EVANGELIO

Asociación Internacional de Derecho Pontificio

Número 95
Junio 2011

Una dádiva insuperable...



Salvadme Reina

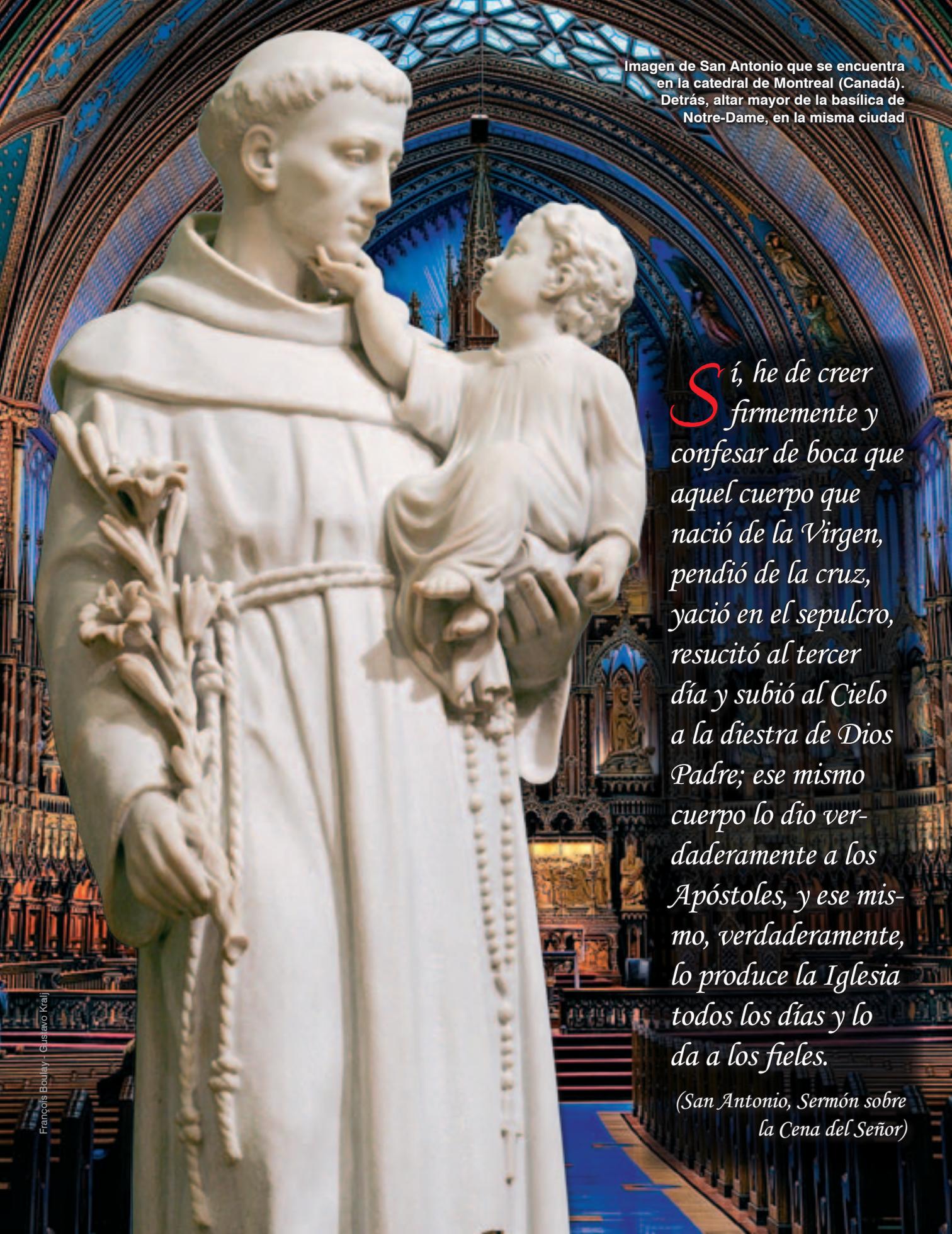


Imagen de San Antonio que se encuentra en la catedral de Montreal (Canadá).
Detrás, altar mayor de la basílica de Notre-Dame, en la misma ciudad

*S*í, he de creer firmemente y confesar de boca que aquel cuerpo que nació de la Virgen, pendió de la cruz, yació en el sepulcro, resucitó al tercer día y subió al Cielo a la diestra de Dios Padre; ese mismo cuerpo lo dio verdaderamente a los Apóstoles, y ese mismo, verdaderamente, lo produce la Iglesia todos los días y lo da a los fieles.

(San Antonio, Sermón sobre la Cena del Señor)



Salvadme Reina

Periódico de la Asociación Cultural
Salvadme Reina de Fátima

Año IX, número 95, Junio 2011

Director Responsable:

D. Eduardo Caballero Baza, EP

Consejo de Redacción:

Guy de Ridder, Hna. Juliane Campos, EP,
Luis Alberto Blanco, M. Mariana Morazzani, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:

C/ Cinca, 17

28002 – Madrid

R.N.A., Nº 164.671

Dep. Legal: M-40.836- 1999

Tel. sede operativa 902 199 044

Fax: 902 199 046

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Con la Colaboración de la
Asociación Internacional Privada
de Fieles de Derecho Pontificio

HERALDOS DEL EVANGELIO

www.heraldos.org

Montaje:

Equipo de artes gráficas
de los Heraldos del Evangelio

Imprime:

Henargraf - Madrid

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

*Latente y dinámica
religiosidad (Editorial)* 5



*La voz del Papa –
¿Qué es la santidad?*

6



*Comentario al Evangelio –
Una dádiva insuperable...*

10



*La fe ante el
tribunal de la razón*

18



*Entrevista – La eficacia
de la Iglesia pasa por la
Pascua del Señor*

24



Heraldos en el mundo

26



*Beata Ana María Taigi –
Para confundir
a los fuertes...*

31



*Expresión de amor
a Jesús y al Papa*

36



*Sucedió en la Iglesia
y en el mundo*

40



*Historia para niños...
Sacrificios por Jesús*

46



*Los santos de
cada día*

48



*Un espectáculo
para el alma*

50

ESCRIBEN LOS LECTORES



CONOCER MÁS, PARA AMAR MÁS

La revista *Heraldos del Evangelio* realmente nos enseña mucho. Para amar más a Cristo es necesario conocerlo más. Ése es el papel de este informativo, que trae un vasto conocimiento, siendo pretexto para las gracias, que mueven nuestras voluntades hacia el amor. Un movimiento consagrado a la Virgen sólo podría dar frutos de verdad. Enhorabuena por la revista, la cual me da más ganas de ser santo.

Emerson Teixeira
San José dos Campos – Brasil

PRUEBA DE QUE LA IGLESIA ESTÁ MUY VIVA

En la alegría del Señor Resucitado les saludo y les doy gracias a ustedes por la hermosa revista que editan cada mes. Siento mucho no haberla conocido antes, es de gran actualidad. Los temas que trata son excelentes en estos tiempos difíciles para la Iglesia y alienta mucho conocer las actividades que ustedes realizan en tantos países, pues eso significa que la Iglesia está muy viva, gracias a Dios.

Fresia Quiroz Lobos
Doñihue – Chile

UN PRIVILEGIO

¡Paz y bien! No sé por qué desde hace dos meses no recibo la revista *Heraldos del Evangelio*, pero me gustaría mucho continuar mereciendo ese privilegio. Es una revista muy especial, portadora de mucha luz y que, además de aportarnos muchos conocimientos teológicos, alimenta nuestra fe y la devoción a nuestra Madre, María Santísima.

Raimundo Nonato da Costa
Belém – Brasil

LLENAN EL ALMA DE PAZ Y ALEGRÍA

Apreciados Heraldos, reciban un cordial saludo de quien les admira por la labor que realizan. Me gusta mucho en especial leer su revista *Heraldos del Evangelio*, la cual tiene temas que llenan el alma y el espíritu de mucha paz y alegría. No tengo palabras para agradecerse. Les estimo y valoro en alto grado. Espero que sigan con esta noble labor y que Dios les siga iluminando con su gracia divina.

Amada Quinto
Guayaquil – Ecuador

REFLEJA EL ESPÍRITU DEL FUNDADOR

La revista refleja el espíritu de su fundador y de los de su Orden, o sea, lo puro, lo bello y lo bueno. Todos los artículos nos elevan hacia un plano superior de maravillas, con mucha doctrina y fundamentación teológica. Reciban mis felicitaciones.

Denilson Gonçalves Fonseca
Montes Claros – Brasil

INFUNDE FIDELIDAD A LA IGLESIA Y AL PAPA

Hoy, más que nunca, es necesario inculcar en todos los católicos del mundo los tesoros de nuestra Fe y la gran importancia del Papado. La Iglesia Católica es una poderosa luz en las tinieblas del secularismo contemporáneo. Y esta revista tiene por objetivo infundir en el corazón de todos la necesidad de ser siempre fieles al Magisterio de la Iglesia y a nuestro Papa.

Michael Laporte
Toronto – Canadá

ORGULLO DE SER CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO

Al participar en ceremonias realizadas por los Heraldos del Evangelio, sentimos que éstas son preparadas con amor, dedicación, belleza y armonía, proporcionándonos ocasión de gracias tan grandiosas, que

nos acordamos de los millones de católicos que no tienen la oportunidad de presenciar maravillas tan divinas.

Por eso, queridísimos lectores de esta revista, que acompañan el trabajo de los Heraldos por el mundo, pero que aún no han tenido oportunidad de conocer de cerca esta obra, cuando avisten a un heraldo en la calle, en las Misas o en cualquier otro lugar, acérquense, recojan informaciones y vengan a formar parte de esta maravilla que es pertenecer a la gran familia de los Heraldos del Evangelio, y siéntanse orgullosos de ser católicos, apostólicos, romanos.

José Evaldo Marinho
Nova Friburgo – Brasil

COMPROMISO CON LA FE CATÓLICA

Tenemos la oportunidad de compartir entre varios la lectura de la revista *Heraldos del Evangelio*. Lo más importante de esta publicación es la sincronización de los artículos, ofrecidos con muy buen criterio, dignos de personas muy comprometidas con la fe católica. Es notable también en la revista el hecho de darnos la ocasión de crecer en la fe, por medio de sus artículos, escritos con tal claridad y sencillez que la comprensión es total.

Jorge Luis Navarro Pérez
Lima – Perú

UNA REVISTA COMPLETA

El motivo que me lleva a escribir esta carta es el de expresarles mis felicitaciones por su excelente revista *Heraldos del Evangelio*. Me gusta leerla de un tirón, y los miembros de mi familia también la leen. Para mí es la revista más completa de actualidad sobre la Iglesia Católica. Guardo todos los números desde el primero. Soy católico practicante, y en mis oraciones menciono siempre a su asociación.

Carlos Alfonso Gonçalves
Caminha – Portugal

LATENTE Y DINÁMICA RELIGIOSIDAD

Quien analiza los acontecimientos de una manera superficial no puede formarse una idea objetiva de la opinión pública de nuestros días, y termina por aceptar la opinión corriente de que el mundo camina homogénea e inevitablemente hacia la irreligión.

Sin embargo, la presencia de más de un millón de fieles en la ceremonia de beatificación de Juan Pablo II en Roma demuestra no sólo la gran popularidad del carismático pontífice, sino también la vitalidad de la Iglesia y las calurosas pulsaciones de la Fe bajo el denso manto de hedonismo y de materialismo que cubre la sociedad. El fervor religioso manifestado en esa ocasión revela, además, cómo los ojos del hombre moderno siguen abiertos a lo sobrenatural y cómo, desde que se sepa tocar ciertos puntos neurálgicos del alma, es posible transformar en fe comprometida y profunda la religiosidad latente de tantos contemporáneos nuestros.

Así pues, cabe preguntarse si la sensación de aislamiento, vacío y carencia de afecto auténtico del hombre contemporáneo —fruto de la crisis existencial que padece el mundo— no podría ser remediada presentando en toda su grandeza el acto de amor de un Dios que, además de hacerse hombre para redimirnos, quiso aún entregarse a nosotros como alimento en la Eucaristía.

La experiencia pastoral de los Heraldos del Evangelio demuestra el poderoso atractivo que los misterios de nuestra Religión ejercen de una forma especial sobre las generaciones más jóvenes, cuando son bien explicados y dignamente celebrados. Por ejemplo, en las capillas de las diversas casas de la asociación donde se expone el Santísimo Sacramento, no es raro encontrarse a jovencísimos, recién introducidos en la práctica religiosa, absortos por completo en la contemplación de Jesús Hostia. Se ve que la gracia los atrae y les concede incontables momentos de intensa consolación espiritual.

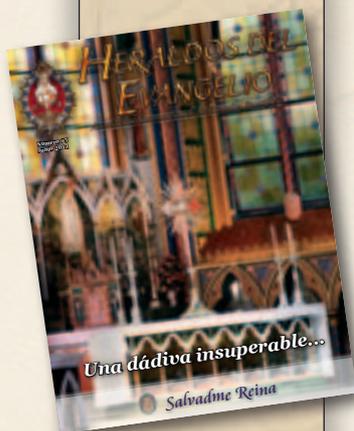
Esos muchachos se encantan con la consideración de un Dios que por amor gratuito quiere estar tan próximo de nosotros, quiere establecer esa estrechísima unión con cada uno, como ni siquiera la tienen los ángeles del Cielo.

En la persona que recibe el Santísimo Sacramento se produce, además, algo de divino. Por la Comunión Eucarística, afirma San Pedro Julián Eymard, “el cristiano se transformará en el mismo Jesús, y Jesús pasará a vivir en él”. Ella es, añade el mismo santo, “una segunda y perpetua Encarnación de Cristo”. En una palabra, concluye, “la Comunión se vuelve para Jesucristo, como otra vida”.

* * *

En la homilía de la última Misa *in Cena Domini*, el Papa Benedicto XVI recuerda que “nos desea, nos espera”. E interroga en seguida: “Y nosotros, ¿tenemos verdaderamente deseo de Él? ¿No sentimos en nuestro interior el impulso de ir a su encuentro? ¿Anhelamos su cercanía, ese ser uno con Él, que se nos regala en la Eucaristía?”.

Cuánta sabiduría hay en estas palabras del Papa. Cuánta profundidad en estas preguntas aparentemente sencillas. Porque si, por el mundo entero, ardientes apóstoles de la devoción al Santísimo Sacramento trabajasen con fe, dedicación y tacto, para que el hombre moderno abra su alma a las insignes gracias que Dios desea darle a través del Santísimo Sacramento, ¿qué no se podrá esperar en materia de verdaderas resurrecciones espirituales en nuestros días? ✧



Adoración Eucarística en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, en el seminario de los Heraldos del Evangelio - Caieiras, São Paulo, Brasil

(Foto: Marcos Enoc)



¿Qué es la santidad?

Con frecuencia somos llevados a pensar que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. Sin embargo, el Concilio Vaticano II habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido de ella.

En las audiencias generales de estos últimos dos años nos han acompañado las figuras de muchos santos y santas: hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros.

Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como San Pablo: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, “nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios” (*Lumen gentium*, 50). Al final de este ciclo de catequesis, quiero ofrecer alguna idea de lo que es la santidad.

La santidad consiste en unirse a Cristo

¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo? A menudo se piensa todavía que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. San Pablo, en cambio, habla del gran designio

de Dios y afirma: “Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor” (Ef 1, 4). Y habla de todos nosotros. En el centro del designio divino está Cristo, en el que Dios muestra su rostro: el Misterio escondido en los siglos se reveló en plenitud en el Verbo hecho carne. Y San Pablo dice después: “Porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud” (Col 1, 19). En Cristo el Dios vivo se hizo cercano, visible, audible, tangible, de manera que todos puedan recibir de su plenitud de gracia y de verdad (cf. Jn 1, 14-16).

Por esto, toda la existencia cristiana conoce una única ley suprema, la que San Pablo expresa en una fórmula que aparece en todos sus escritos: en Cristo Jesús. La santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos

Nadie está excluido de la llamada a la santidad

La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del

Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús, como afirma San Pablo: “Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo” (Rm 8, 29). Y San Agustín exclama: “Viva será mi vida llena de ti” (*Confesiones*, 10, 28).

El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido de ella: “En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria” (*Lumen gentium*, n. 41).

Dios es quien nos hace santos

Pero permanece la pregunta: ¿cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esta llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. Is 6, 3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo

resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma.

Para decirlo una vez más con el Concilio Vaticano II: “Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron” (*Lumen gentium*, 40).

La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición “con”: con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. “Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rm 6, 4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

La santidad cristiana y la caridad

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el Concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. “Dios es amor y el que permanece en el amor



L'Osservatore Romano

En la Audiencia General del 13 de abril, el Santo Padre quiso concluir la serie de la catequesis sobre los santos con algunos pensamientos sobre qué es la santidad

permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de Él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en la sagrada liturgia, y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como lazo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14; Rm 13, 10), dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin” (*Lumen gentium*, 42).

La verdadera sencillez y la grandeza de la vida cristiana

Quizás también este lenguaje del Concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debemos decir las cosas de un modo aún más sencillo.

¿Qué es lo esencial? Lo esencial es nunca dejar pasar un domingo sin

un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las “señales de tráfico” que Dios nos ha comunicado en el Decálogo leído con Cristo, que simplemente explicita qué es la caridad en determinadas situaciones. Me parece que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las “señales de tráfico” que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de caridad. “Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo” (*Lumen gentium*, 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

“Ama y haz lo que quieras”

Esta es la razón por la cual San Agustín, comentando el capítulo cuarto de la primera carta de San Juan, puede hacer una afirmación atrevida: “*Dilige et fac quod vis*”, “Ama y haz lo que quieras”. Y continúa: “Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdo-

na por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien” (7, 8: PL 35). Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: “*Dilige et fac quod vis*”, “Ama y haz lo que quieras”.

Quizás podríamos preguntarnos: nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, ¿podemos llegar tan alto? La Iglesia, durante el Año litúrgico, nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer este camino.

El papel de los grandes santos y de los santos sencillos

En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí.

En realidad, debo decir que también según mi fe personal muchos santos, no todos, son verdaderas es-

trellas en el firmamento de la Historia. Y quiero añadir que para mí no sólo algunos grandes santos, a los que amo y conozco bien, son “señales de tráfico”, sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad.

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Invitación para que seamos teselas del gran mosaico de santidad

Queridos amigos, ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista a esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristia-

na. Una vez más San Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: “A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Y Él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud” (Ef 4, 7. 11-13).

Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la Historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será Él quien nos transforme según su amor. ✧

(Audiencia General, 13/4/2011)

Piedad popular y nueva evangelización

Ciertamente, la piedad popular tiene siempre que purificarse y apuntar al centro, pero merece todo nuestro aprecio, y hace que nosotros mismos nos integremos plenamente en el Pueblo de Dios.

Para llevar a cabo la nueva evangelización en Latinoamérica, dentro de un proceso que impregne todo el ser y quehacer del cristiano, no se pueden dejar de lado las múltiples demostraciones de la piedad po-

popular. Todas ellas, bien encauzadas y debidamente acompañadas, propician un fructífero encuentro con Dios, una intensa veneración del Santísimo Sacramento, una entrañable devoción a la Virgen María, un cultivo del afec-

to al Sucesor de Pedro y una toma de conciencia de pertenencia a la Iglesia.

Que todo ello sirva también para evangelizar, para comunicar la fe, para acercar a los fieles a los sacramentos, para fortalecer los lazos de amis-



tad y de unión familiar y comunitaria, así como para incrementar la solidaridad y el ejercicio de la caridad.

La fe tiene que ser la fuente principal de la piedad popular

Por consiguiente, la fe tiene que ser la fuente principal de la piedad popular, para que ésta no se reduzca a una simple expresión cultural de una determinada región. Más aún, tiene que estar en estrecha relación con la sagrada Liturgia, la cual no puede ser sustituida por ninguna otra expresión religiosa.

A este respecto, no se puede olvidar, como afirma el *Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia*, publicado por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que “Liturgia y piedad popular son dos expresiones culturales que se deben poner en relación mutua y fecunda: en cualquier caso, la Liturgia deberá constituir el punto de referencia para “encauzar con lucidez y prudencia los anhelos de oración y de vida carismática” que aparecen en la piedad popular; por su parte la piedad popular, con sus valores simbólicos y expresivos, podrá aportar a la Liturgia algunas referencias para una verdadera inculcación, y estímulos para un dinamismo creador eficaz” (n. 58).

La devoción a la Virgen María, manantial inagotable de esperanza

En la piedad popular se encuentran muchas expresiones de fe vinculadas a las grandes celebraciones del año litúrgico, en las que el pueblo sencillo de América Latina reafirma el amor que siente por Jesucristo, en quien encuentra la manifestación de la cercanía de Dios, de su compasión y misericordia. Son incontables los santuarios que es-

tán dedicados a la contemplación de los misterios de la infancia, Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, y a ellos concurren multitudes de personas para poner en sus divinas manos sus penas y alegrías, pidiendo al mismo tiempo copiosas gracias e implorando el perdón de sus pecados.

Íntimamente unida a Jesús, está también la devoción de los pueblos de Latinoamérica y el Caribe a la Santísima Virgen María. Ella, desde los albores de la evangelización, acompaña a los hijos de ese continente y es para ellos manantial inagotable de esperanza. Por eso, se recurre a Ella como Madre del Salvador, para sentir constantemente su protección amorosa bajo diferentes advocaciones. De igual modo, los santos son tenidos como estrellas luminosas que constelan el corazón de numerosos fieles de aquellos países, edificándolos con su ejemplo y protegiéndolos con su intercesión.

La piedad popular tiene que purificarse siempre

No se puede negar, sin embargo, que existen ciertas formas desviadas de religiosidad popular que, lejos de

fomentar una participación activa en la Iglesia, crean más bien confusión y pueden favorecer una práctica religiosa meramente exterior y desvinculada de una fe bien arraigada e interiormente viva.

A este respecto, quisiera recordar aquí lo que escribí a los seminaristas el año pasado: “La piedad popular puede derivar hacia lo irracional y quizás también quedarse en lo externo. Sin embargo, excluirla es completamente erróneo. A través de ella, la fe ha entrado en el corazón de los hombres, formando parte de sus sentimientos, costumbres, sentir y vivir común. Por eso, la piedad popular es un gran patrimonio de la Iglesia. La fe se ha hecho carne y sangre. Ciertamente, la piedad popular tiene siempre que purificarse y apuntar al centro, pero merece todo nuestro aprecio, y hace que nosotros mismos nos integremos plenamente en el ‘Pueblo de Dios’” (*Carta a los seminaristas*, 18 octubre 2010, n. 4). ✧

(Fragmentos del Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Comisión Pontificia para América Latina, 8/4/2011)



L'Osservatore Romano

Benedicto XVI en la Sala del Consistorio, con los participantes de la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina

Todos los derechos sobre los documentos pontificios quedan reservados a la Librería Editrice Vaticana. La versión íntegra de los mismos puede ser consultada en www.vatican.va

Una dádiva insuperable...

El amor de Dios por los hombres, manifestado en la Encarnación, llegó a un auge inimaginable con la institución de la Eucaristía. ¿Y cuál es nuestra respuesta a esa entrega tan grande de sí mismo?



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



“Última Cena” - Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

I – DIOS SE DA POR ENTERO

La Trinidad, que existe desde toda la eternidad, no tenía necesidad de la Creación. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo se bastaban enteramente entre sí, disfrutando de una felicidad perfecta, infinita. En esto consiste la gloria intrínseca e insuperable de las Tres Personas Divinas. Sin embargo, cuando Dios creó a las criaturas quiso hacerlas partícipes de su propia felicidad que, al asemejarse al Creador, le rendirían gloria extrínseca, cumpliendo así la más alta finalidad de su ser. La Creación, pues, fue un acto de donación, de entrega y de generosidad supremas ¹, sublimado después con la Encarnación del Verbo, cuando Dios mismo se sujetó a la pobre naturaleza humana con el fin de redimirnos del pecado de nuestros primeros padres.

El Hombre-Dios habría de prolongar su presencia en la Tierra

Pero el amor inconmensurable de Dios por nosotros no se limitó a eso; para abrirnos las

puertas del Cielo, llegó a padecer una dolorosa Pasión, morir en la Cruz y resucitar. Y lo habría hecho para rescatar a un solo hombre, de haber sido necesario. Queda preguntarnos: tras manifestar ese increíble amor hacia nosotros, ¿el Señor subiría a los Cielos y simplemente abandonaría la convivencia con los hombres, cuya redención le había costado tan caro? ¿Cabría imaginar separación tan irremediable después de semejante unión con nosotros?

Sólo a Dios podría ocurrírsele la maravillosa solución a esa perplejidad. El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira comenta al respecto:

“No quiero decir que la Redención y el sacrificio de la Cruz impusieran a Dios, en rigor de lógica, la institución de la Sagrada Eucaristía. Pero puede decirse que todo clamaba, todo gritaba, todo suplicaba que Nuestro Señor no se separase así de los hombres. Y una persona do-

EVANGELIO

En aquel tiempo dijo Jesús a los judíos: ⁵¹ “Yo soy el pan vivo bajado del Cielo. El que coma de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”. ⁵² Los judíos discutían entre sí, diciendo: “¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?” ⁵³ Jesús les respondió: “Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendréis vida en vosotros. ⁵⁴ Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. ⁵⁵ Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶ Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. ⁵⁷ Como el Padre que me envió vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por mí. ⁵⁸ Este es el pan bajado del Cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron; quien come de este pan, vivirá eternamente” (Jn 6, 51-58).



Los discípulos tenían la idea de que se realizaría en el Cenáculo una simple conmemoración religiosa

tada con sentido arquitectónico debería entrever que Nuestro Señor arreglaría una manera de estar siempre presente, junto a cada uno de los hombres que había redimido. De forma tal que, después de la Ascensión, Él estuviera siempre en el Cielo, en el trono de gloria que le es debido, pero al mismo tiempo acompañara paso a paso la vía dolorosa de cada hombre aquí en la Tierra, hasta el momento supremo en que cada uno dijera a su vez el *‘Consummatum est’* (Jn 19, 30).²

Y concluye con esta piadosa confidencia:

“Creo que si yo presenciara la Crucifixión y supiera de la Ascensión, sin conocer la Eucaristía, empezaría a buscar a Cristo por la Tierra, porque no lograría convencerme de que Él hubiera dejado de vivir con los hombres. Esa convivencia verdaderamente maravillosa de Jesucristo con los hombres se realiza, exactamente, por medio de la Eucaristía”.³

El hecho de que Dios haya realizado la Creación a fin de darse a sí mismo es algo que nos llena de admiración. Pero todavía más admirable

es el haber asumido la naturaleza humana para, mediante su muerte, propiciarnos el infinito don de la vida sobrenatural y abrirnos las puertas del Cielo. Con todo, llevar el amor al punto de darse a los hombres como alimento sobrepasa toda imaginación. Puede decirse con propiedad que el auge de esta donación se encuentra en el Sacramento de la Eucaristía.

Aparente simplicidad de la Santa Cena

¿Cómo tuvo lugar la institución del más excelente y sublime de los Sacramentos, el fin para el cual se ordenan todos los demás?⁴

En apariencia, de manera muy sencilla. Para los Apóstoles se trataba de una cena rutinaria, celebrada anualmente por los judíos de acuerdo a un ri-

to multiseccular indicado con detalles por Dios a Moisés y Aarón, como algo que debía perpetuarse de generación en generación (cf. Ex 12, 1-14). La cena recordaba a los judíos la Pascua del Señor, la muerte de los primogénitos de Egipto y el paso a través del Mar Rojo. Los discípulos tenían, pues, la idea de una simple conmemoración religiosa, cuando, de hecho, se realizaría en el Cenáculo lo que estaba prefigurado en la Antigua Ley: el sacrificio de animales daría lugar al holocausto del Cordero Divino, que en breve sería inmolado en el altar de la Cruz para nuestra salvación. Las víctimas materiales simbolizaban el cuerpo de Cristo, y éste sería al mismo tiempo sacerdote y víctima en el Nuevo Sacrificio, eterno y de valor infinito.

Según relatan los Evangelistas, después de que Jesús instituyó la Eucaristía y dio la Comunión a los Apóstoles, todos cantaron los salmos y salieron hacia el Monte de los Olivos (cf. Mc 14, 26; Mt 26, 30). Dichos salmos consistían en el poema de acción de gracias titulado *Hallel* —“alaba a Yahvé”— propio de la liturgia hebrea para la celebración de la Pascua⁵, y especialmente simbólico en aquella circunstancia: mientras unos daban gracias por haber comulgado, el Mesías elevaba sus alabanzas al Padre por la institución de la Eucaristía, la cual representaba la concretización del anhelo expresado al inicio de la Sagrada Cena: “Vivamente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer” (Lc 22, 15).

De haber conocido previamente la grandeza de lo que sería instituido aquel día —no sólo la Eucaristía, sino también el Sacerdocio— cabe suponer que los Apóstoles habrían preparado una ceremonia a la altura de la circunstancia. Pero en aquel momento ¿quién tenía noción de lo que estaba sucediendo?

II – MARÍA Y LA EUCARISTÍA

Tan sólo María Santísima tenía plena conciencia de la sublimidad de aquella hora, porque es comprensible que Nuestro Señor le hubiera revelado lo que estaba por ocurrir. ¿Por qué?

Durante nueve meses se operó la Transubstanciación en María

Cuando María recibió la Anunciación del arcángel Gabriel, el Espíritu Santo la cubrió



En la Última Cena, sólo María tenía plena conciencia de la sublimidad de aquella hora

con su sombra y se inició el misterioso proceso de gestación del Dios encarnado. Podríamos decir que, durante nueve meses, a cada segundo se celebraba en Ella como que una Santa Misa.

En efecto, en el instante en que el alma de Jesús fue creada, Él hizo su primer acto de adoración al Padre, acompañado de un perfectísimo ofrecimiento de Sí mismo como víctima; o sea, realizó una acción sacerdotal como Sumo Sacerdote “santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado por encima del cielo” (Heb 7, 26). Para este sublime sacrificio no había altar más digno sobre la faz de la Tierra que el claustro virginal de María. Ella vivió durante nueve meses en el más íntimo contacto con Jesús, en una relación única dentro del orden creado: habiendo ofrecido su cuerpo inmaculado a Dios, Él tomaba los elementos maternos y los transubstanciaba, esto es, se volvían divinos a partir del momento en que pasaban a integrar el cuerpo de Jesús.

¡Y pensar que este grandioso misterio no se habría realizado sin el consentimiento de la Virgen! “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

Así, a medida que se iba formando el cuerpo del Niño en su seno virginal, María lo guardaba todo en su corazón y explicitaba poco a poco, maravillada, la fisonomía física y moral de su Hijo. Éste, por su parte, asumía cada vez más el ser de la Madre y la iba divinizando. De hecho, por la maternidad divina, “la bienaventurada Virgen María *llegó a los confines de la divinidad*”.⁶ Concebida en gracia, ella era verdaderamente “el Paraíso terrestre del nuevo Adán”.⁷

El ansia de María por revivir esos momentos

Completados los días y habiendo nacido Jesús, qué alegría no habrá sentido la Virgen Santa al sostener en sus brazos ese Niño gestado en su seno, constatando cuánto correspondía a lo que Ella, en su inocencia, había imaginado. Es imposible hacerse una idea de la sublimidad del primer intercambio de miradas entre Madre e Hijo. ¡Cuánto se dijo sin articular palabra! Mirada que tal vez sólo pudo ser superada por la que Jesús le dio a su Madre en lo alto de la Cruz. Por otro lado, ¡cuánto debió Ella añorar esa relación, a su vez inefable y misteriosa, que existió durante el tiempo en que iba formándose en su claustro el cuerpo de Cristo!



Después de la Anunciación, María vivió durante nueve meses en el más íntimo contacto con Jesús, sirviendo de altar para Su ofrecimiento perfecto al Padre

“Anunciación” - Basílica de Notre-Dame de L'Épine (Francia)

Con seguridad fue creciendo en Ella el deseo santo y equilibrado de recibir otra vez a Jesús en su interior⁸, al punto de, movida por este anhelo, comulgar espiritualmente a cada momento. Por tanto, sería arquitectónico que en determinado momento su Hijo le hubiera revelado la institución de la Eucaristía⁹ a la que es modelo perfecto de los adoradores de Jesús-Hostia. Pues no cabe duda que los actos de amor eucarístico de la Virgen María dieron más gloria



Es imposible hacerse una idea de la sublimidad del primer intercambio de miradas entre Madre e Hijo

“La Virgen con el Niño” -
Iglesia de Notre-Dame de Auteil (Francia)

La Eucaristía es mucho más benéfica para nuestra alma que el Sol para nuestro organismo corporal

a Dios que todas las honras tributadas al Santísimo Sacramento por los ángeles y los hombres a lo largo de la Historia, una vez que solamente Ella lo comprendió, amó y adoró debidamente.

III – GRANDEZA DEL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

En efecto, la Eucaristía es uno de los más profundos misterios de nuestra fe: las apariencias, los sabores y los aromas son de pan y vino; pero tanto en una como en la otra especie sólo existe la sustancia del Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Cristo. Los sentidos nos presentan una realidad, pero nuestra fe nos propone otra, en la

cual creemos.

Si, según Santo Tomás, “el bien de la gracia de un solo individuo es superior al bien natural de todo el universo”¹⁰, ¿qué decir de la menor fracción visible de una hostia consagrada? El mismo Cristo está en ella. No se trata de una gota de gracia, sino del Autor de la gracia. Por tanto, es algo cuyo valor sobrepasa a la creación entera, incluyendo el orden de la gracia. Reunamos las gracias que los ángeles y los hombres han recibido y han de recibir, más las que existen en el más alto grado en María Santísima, y todas ellas sumadas no pueden ser comparadas a lo que hay en una sola partícula consagrada: ila recapitulación del Universo (cf. Ef 1,10) bajo el aspecto de pan!

La grandeza contenida en este sacramento es indescriptible para el lenguaje humano. Todo cuanto existe en la creación fue promovido por Dios en orden a Jesucristo, cuyo supremo acto de amor hacia los hombres consistió en instituir la Eucaristía y así proporcionarnos una extraor-

dinaria forma de unión personal con el Verbo Encarnado. El propio Dios obedece al sacerdote cuando éste pronuncia las palabras de la Consagración, y entonces se obra el mayor milagro sobre la Tierra. Por tal maravilla podemos medir el inconmensurable amor que Él nos tiene.

El Santísimo Sacramento embellece el alma

Cualquiera puede comprobar que las plantas expuestas a los rayos solares gozan de una exuberancia, belleza y vitalidad que no poseerían si estuviesen a la sombra. Una gran diferencia que se debe únicamente al esplendor del Sol.

Ahora bien, si la naturaleza así se embellece con la luz solar, ¿qué admirables beneficios no proporcionará al alma el rayo espiritual emanado directamente del Dios Escondido? La Eucaristía es mucho más benéfica para nuestra alma que el Sol para nuestro organismo corporal. Si la persona tiene faltas o miserias —veniales evidentemente, porque en pecado mortal no se puede comulgar— ¿está obligada a apartarse de Jesús Eucarístico? No. Al contrario, debe acercarse a Él lo máximo posible; no huir de Jesús sino buscar amparo en Él, porque así quedará purificada de sus miserias y el alma saldrá perfeccionada.¹¹ Nuestros ojos corpóreos, infelizmente, no logran vislumbrar tales cambios. Santa Catalina de Siena, que quería conocer el esplendor de un alma habitada por la gracia divina, oyó de los labios del propio Jesús esta declaración: “Hija mía, si te mostrara la belleza de un alma en gracia, sería la última cosa que verías en el mundo, porque el resplandor de su hermosura te haría morir”.¹²

De hecho, la gracia, al divinizar el alma, la torna tan bella y atractiva que si pudiéramos verla nos sentiríamos movidos a adorarla, confundiendo con Dios. Jesús-Hostia hace que el alma impregnada de la gracia se le parezca cada vez más, fortaleciendo todas sus potencias, nutriéndola con santas inspiraciones y con impulsos de amor.¹³ Por eso, cuando vemos las maravillas realizadas por los hombres de Dios, podemos estar convencidos de que éstas proceden mucho más de la Eucaristía, de la cual son devotos, que de eventuales cualidades personales.

Aparte de estos sublimes beneficios concedidos al alma por la Eucaristía, debemos considerar que, a pesar de nuestras limitaciones o imperfecciones, Cristo siente nostalgia de noso-

tros y quiere acercarnos a Él, ya que encuentra sus “delicias en estar con los hijos de los hombres” (Pr 8, 31). Algunas capillas del Santísimo Sacramento exhiben muy apropiadamente la frase elocuente de Santa Marta a su hermana: *Magister adest et vocat te* — “El Maestro está aquí y te llama” (Jn 11, 28). Cuando entramos al recinto sagrado para hacerle una visita, Jesús-Hostia nos recibe con alegría, como si dijera: “¡Aquí está mi hijo! ¡Cuánto tiempo que no te veía! ¡Ven!”. Nuestro Redentor nos ama tanto que, por muy grandes que sean nuestras miserias, se alegra al vernos.

Energía para enfrentar las dificultades

Hay muchas coyunturas en las cuales la persona se siente espiritualmente anémica: ocasiones próximas de pecado que aparecen, circunstancias favorables al empobrecimiento espiritual, en fin, innumerables situaciones que pueden minar la fortaleza del alma. ¿Dónde recuperar energías? En la Eucaristía. De esto da ejemplo, entre innumerables santos, Santo Tomás de Aquino. Celebraba Misa en las primeras horas de la mañana y en seguida asistía a la de un otro fraile.¹⁴ Según consta, incluso le gustaba acolitarse las Misas de sus hermanos de hábito. “Hablando de los Sacramentos —dijo recientemente el Papa Benedicto XVI—, Santo Tomás se detiene de modo particular en el misterio de la Eucaristía, por el cual tuvo una grandísima devoción, hasta tal punto que, según los antiguos biógrafos, solía acercar su cabeza al sagrario, como para sentir palpitar el Corazón divino y humano de Jesús”.¹⁵

Duración de los efectos de la Eucaristía

A veces cometemos el error de creer que cuando comulgamos Cristo se queda en nosotros tan sólo esos cinco o diez minutos que duran las especies eucarísticas. Pero esta realidad espiritual es mucho más profunda. De hecho, incluso al cesar la presencia real de Nuestro Señor, “permanece la gracia, porque, habiendo recibido este Pan de vida en gracia, ésta permanece en el alma”, afirma Santa Catalina de Siena.¹⁶

Jesucristo en una revelación así le explicaba: “Consumidos los accidentes del pan, dejo en voso-

tros la huella de mi gracia como el sello que se pone sobre la cera caliente. Separando y quitando el sello, queda en ella la huella de aquél. De este modo, resta en el alma la virtud de este sacramento, es decir, os queda el calor de la divina caridad, clemencia del Espíritu Santo. Queda en vosotros la luz de la sabiduría de mi Hijo unigénito, que ilumina los ojos de vuestra inteligencia para que conozcáis y veáis la doctrina de mi Verdad y de esta misma sabiduría”.¹⁷

Un alimento que asume a quien lo toma

Cuando comemos, nuestro organismo asimila los alimentos ingeridos, retirando de ellos las sustancias útiles para la vida. Pero la teología enseña que en la comunión ocurre lo opuesto: es Cristo “quien nos diviniza y transforma en sí mismo. En la Eucaristía alcanza el cristiano su máxima *crístificación*, en la que consiste la santidad”.¹⁸ No lo consumimos nosotros, dado que Él cesa su presencia sacramental a partir del momento en que desaparecen las sagradas especies; estando en nosotros, Él nos llena de vida sobrenatural, santifica nuestra alma y beneficia en consecuencia a nuestro cuerpo.

Por esta razón, el propio Jesús, como relata el Evangelio de esta Solemnidad, destaca la diferencia sustancial entre el maná recibido por los judíos en el desierto y el alimento traído por Él en la Eucaristía: “Este es el pan bajado del Cielo, no como el que comieron vuestros padres

La gracia torna el alma tan bella y atractiva que si pudiéramos verla nos sentiríamos movidos a adorarla



En la Comunión es Cristo “quien nos diviniza y transforma en sí mismo. En la Eucaristía alcanza el cristiano su máxima ‘crístificación’”

Hoy tenemos a Jesús-Hostia en los tabernáculos siempre a nuestra disposición; en todo momento está esperándonos con gracias insignes, deseoso de recibir nuestra pobre visita

y murieron; quien come de este pan, vivirá eternamente” (Jn 6, 58).

Prenda de resurrección para la vida eterna

“Por la Santa Comunión se renueva en cierto modo el augusto misterio de la Encarnación”¹⁹, afirma con autoridad San Pedro Julián Eymard. Fray Antonio Royo Marín es más taxativo: en el alma de quien acaba de comulgar “el Padre engendra a su Hijo unigénito, y de ambos procede esa corriente de amor, verdadero torrente de llamas, que es el Espíritu Santo”.²⁰ En virtud de la unión eucarística, el alma del fiel “se hace más sagrada que la custodia y el copón y aún más que las mismas especies sacramentales, que contienen a Cristo —ciertamente—, pero sin tocarle siquiera ni recibir de Él influencia santificadora”.²¹ Y por eso, quien comulga recibe gracias para vivir bien de acuerdo a los Mandamientos y después obtener el premio de la resurrección con el cuerpo glorioso: “Quien coma de este pan, vivirá eternamente” (Jn 6, 58).

IV – SEPAMOS RETRIBUIR SIN MEDIDA

Lamentablemente, muchas veces no medimos con profundidad todos los beneficios recibidos por esta sacra convivencia con la Eucaristía, en la cual nuestro divino Redentor se halla realmente presente como cuando obró en Caná la transformación del agua en vino, o cuando resucitó a Lázaro, o cuando expulsó a los vendedores del templo. ¿Qué no daríamos por presenciar un único milagro de Jesús o escuchar alguno de sus sermones? ¿O recibir una mirada suya? Cuando llegemos al Cielo, si Dios nos concede esta suprema gracia, comprenderemos que un instante de adoración eucarística compensa mil años de sacrificios en la Tierra.

Y sin embargo, hoy tenemos a Jesús-Hostia en los tabernáculos siempre a nuestra disposición; en todo momento está esperándonos con gracias insignes, deseoso de recibir nuestra pobre visita. Si en la Encarnación Dios quiso unirse a la más pura de las criaturas, en la Santa Comunión celebra sus bodas

¹ “Este [el mundo] no es producto de una necesidad cualquiera, de un destino ciego o del azar. Creemos que procede de la voluntad libre de Dios que ha querido hacer participar a las criaturas de su ser, de su sabiduría y de su bondad” (CIC 295).

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio – “A presença de Cristo entre os homens”. In: *Dr. Plinio*. São Paulo, año VI, nº 63 (Junio 2003), p. 23.

³ Ídem, *ibídem*.

⁴ “Hablando en absoluto, la Eucaristía es el más importante de todos los sacramentos. Y esto resulta de tres consideraciones. Primera, porque contiene realmente a Cristo en persona, mientras que los otros contienen una virtud instrumental participada de Cristo. Y ya se sabe que ser una cosa por esencia es más importante que serlo por participación. Segunda, por la re-

lación de los sacramentos entre sí. Todos los demás sacramentos están ordenados a la Eucaristía como a su fin. [...] Tercera, por el mismo ritual de los sacramentos, porque la recepción de casi todos ellos se completa recibiendo también la Eucaristía” (SANTO TOMÁS DE AQUINO – *Suma Teológica* III, q. 65, a. 3, resp.).

⁵ “Según prescripción rabínica, durante la cena pascual debían rezarse o cantarse los Salmos 112-117, llamados ‘Hallel’, o alabanza: de ellos los 112 y 113, antes de acomodarse en la mesa; los otros, al terminar la comida, cuando bebían la cuarta y última copa, con la bendición correspondiente, que por ello se llamaba ‘la bendición del cántico’” (GOMÁ Y TOMÁS, Isidro – *El Evangelio explicado*. Barcelona: Casulleras, 1930, vol. 4, p. 274).

⁶ ROYO MARÍN, OP, Antonio – *La Virgen María*. 2ª ed. Madrid: BAC, 1997, p. 102.

⁷ SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT – *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, nº 6.

⁸ ALASTRUEY, Gregorio – *Tratado de la Virgen Santísima*. Madrid: BAC, 1945, p. 682.

⁹ ALASTRUEY, op. cit., pp. 676-677.

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., I-II q. 113, a. 9, ad 2.

¹¹ ALASTRUEY, Gregorio – *Tratado de la Santísima Eucaristía*. 2ª ed. Madrid: BAC, 1952, pp. 237-238.

¹² SANTA CATALINA DE SIENA, apud ROYO MARÍN, OP, Antonio: *Somos hijos de Dios*. Madrid: BAC, 1977, p. 26.

con cada persona en particular, en una unión sin paralelo. “El alma se une de tal manera a Cristo que, por así decir, pierde su propio ser y deja vivir en ella tan sólo a Jesús”.²² Perderse en Nuestro Señor como una gota de agua en el océano. Y la correspondencia de nuestro amor hará más profunda y perfecta tal unión.

Pidamos a Jesús Sacramentado, en esta fiesta de la Eucaristía, un amor íntegro y una entrega total a Él, única restitución digna por todo lo que recibimos de Él. Y rebosemos de alegría y entusiasmo por ser tan amados individualmente por un Dios que ya en esta vida es nuestra “recompensa demasíadamente grande” (Gn 15, 1). ✧

¹³ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD – *A divina Eucaristía*. São Paulo: Loyola, 2002, Vol. 2, p. 30.

¹⁴ GRABMANN, Martín – *Santo Tomás de Aquino*. 2ª ed. Barcelona: Labor, 1945, p. 29.

¹⁵ BENEDICTO XVI – *Audiencia General*, 23/6/2010.

¹⁶ SANTA CATALINA DE SIENA – *El Diálogo*. Madrid: BAC, 1955, p. 398.

¹⁷ ídem, íbidem.

¹⁸ ROYO MARÍN, OP, Antonio – *Teología de la Perfección Cristiana*. 5ª ed. Madrid: BAC, 1968, p. 453.

¹⁹ SAN PEDRO JULIÁN EYMARD, op. cit., p. 26.

²⁰ ROYO MARÍN – *Teología de la Perfección Cristiana*, op. cit., p. 454.

²¹ ídem, íbidem.

²² SAN PEDRO JULIÁN EYMARD, op. cit., p. 126.



Marcos Enoch

Quando llegemos al Cielo, si Dios nos concede esta suprema gracia, comprenderemos que un instante de adoración eucarística compensa mil años de sacrificios en la Tierra

Capilla de la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento -
Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

La fe ante el tribunal de la razón

Para cumplir el encargo de anunciar el Evangelio de Jesucristo por todo el mundo, los primeros cristianos tenían la necesidad de adaptarse a la cultura de sus oyentes. El Apóstol de los Gentiles realizó esto de forma admirable en su discurso en el Areópago de Atenas.



Thiago de Oliveira Geraldo

Situada en la llanura del Ática, de suelo pedregoso y poco fértil, Atenas ha visto nacer en su seno a eminentes pensadores cuyos nombres resuenan en el mundo de la cultura hace más de dos mil quinientos años. Allí florecieron, entre los siglos V y IV a. C., tres figuras de pro de la filosofía: Sócrates, Platón y Aristóteles, éste último recibió de notables estudiosos elogios como: “Más que ‘el maestro de los que saben’, como lo reconocía Dante, Aristóteles merecía ser llamado el inspirador de los que cuestionan, en todos los campos del saber, de la acción, de la producción”.¹ O aún como este otro, del que podría ufanarse el más prestigioso de los intelectuales hodiernos: “Pocos hombres han fundado una ciencia; aparte de Aristóteles, ninguno fundó más de una”.²

“Más fácil encontrar a un dios que a un ser humano”

Durante siglos, se enfrentaron en Atenas exponentes de diversas escuelas del pensamiento en el ámbito

del saber, de la moral, de la política. También hubo en esa ciudad bañada por el mar Egeo, como en otras partes de la Grecia antigua, una confrontación entre las creencias politeístas y el rigor del pensamiento puramente humano, dando lugar a interminables discusiones acerca de las deidades y sobre el origen del mundo. “En Atenas es más fácil encontrar a un dios que a un ser humano”,³ ironizaba Petronio, escritor romano del siglo primero.

Y en el siglo siguiente, el escritor griego Pausanias así calificaba a los atenienses: “son también más piadosos que los otros pueblos”.⁴

En este contexto de fuertes disputas culturales y religiosas, podemos imaginar lo que debía ser el espíritu de fe y la capacidad intelectual de un cristiano para anunciar de manera convincente la Buena Nueva en la metrópoli de la ciencia, a pensadores de diversas escuelas filosóficas, con su agudo senti-



Entre los siglos V y IV a.C. florecieron en Atenas tres figuras de pro de la filosofía: Sócrates, Platón y Aristóteles

"Sócrates" - Museo Hermitage, San Petersburgo; "Platón" - Museos Capitolinos, Roma; "Aristóteles" - Museo di Roma-Palazzo Altemps

Fotos: Wikipedia, Victor Toniolo, Gustavo Kraijl

do crítico y hábil en la esgrima de la dialéctica.

Esta misión la Providencia Divina la confió al Apóstol de los Gentiles “el hombre al que Dios llamó y envió para emprender la difusión universal del cristianismo”.⁵

Disputas diarias con judíos y griegos

Varón de un rígido temperamento, acostumbrado a los sacrificios y a las adversidades, San Pablo predicaba denodadamente el Evangelio de Jesucristo en todos los lugares adonde lo conducía su celo apostólico. Y su audacia misionera no se desvaneció cuando se vio obligado a permanecer algunos días en Atenas, esperando a Silas y a Timoteo, para proseguir juntos su viaje a Corinto.

Y aun estando de paso, ¿cómo quedarse en aquella ciudad sin evangelizar? Imposible para quien de sí mismo dijo: “El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Co 9, 16).

En cuanto al ambiente que San Pablo encontró en la capital de la cultura, escribe un exegeta de autoridad: “La ciudad carecía por entonces de importancia política, y aun comercialmente estaba muy postrada; pero continuaba siendo ‘la pupila de Grecia’ (Filón), ‘la antorcha de toda Grecia’ (Cicerón). Como sede que era de las grandes escuelas filosóficas y cuna de la más refinada cultura griega, descollaba sobre todas las demás ciudades del imperio romano y ejercía una fuerza de atracción irresistible sobre cuantos aspiraban a adquirir ciencia y cultura, especialmente sobre la juventud de la nobleza romana”.⁶

Sin embargo, la primera reacción del Apóstol cuando entró en contacto con la realidad ateniense fue de aversión: “Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se irrita-

ba en su interior al ver que la ciudad estaba llena de ídolos” (Hch 17, 16). Su indignación, fruto de la fe, aumentaba en él el deseo de aprovechar la ocasión para anunciar a esos adoradores de ídolos a Jesucristo crucificado. Y sabía adaptarse al público que le oía.

En las misiones que había realizado poco antes en varias ciudades, predicó en las sinagogas a los judíos, revelándose como un eximio conocedor de las Escrituras y demostrando, con base en ellas, que era necesario que Cristo padeciese y resurgiese de entre los muertos (cf Hch 17, 3). En Atenas también vivían algunos judíos, pero el ardoroso evangelizador percibía bien que la inmensa mayoría de sus oyentes estaba constituida por griegos, cuya mentalidad era muy diferente de la de los israelitas. Y se lanzó de inmediato a la conquista de las almas también en este terreno, pues como narran los Hechos de los Apóstoles, San Pablo discutía “en la sinagoga con los judíos y con los que adoraban a Dios, y también lo hacía diariamente en la plaza pública con los que allí se encontraban” (Hch 17, 17).

Hombres insaciables de novedades

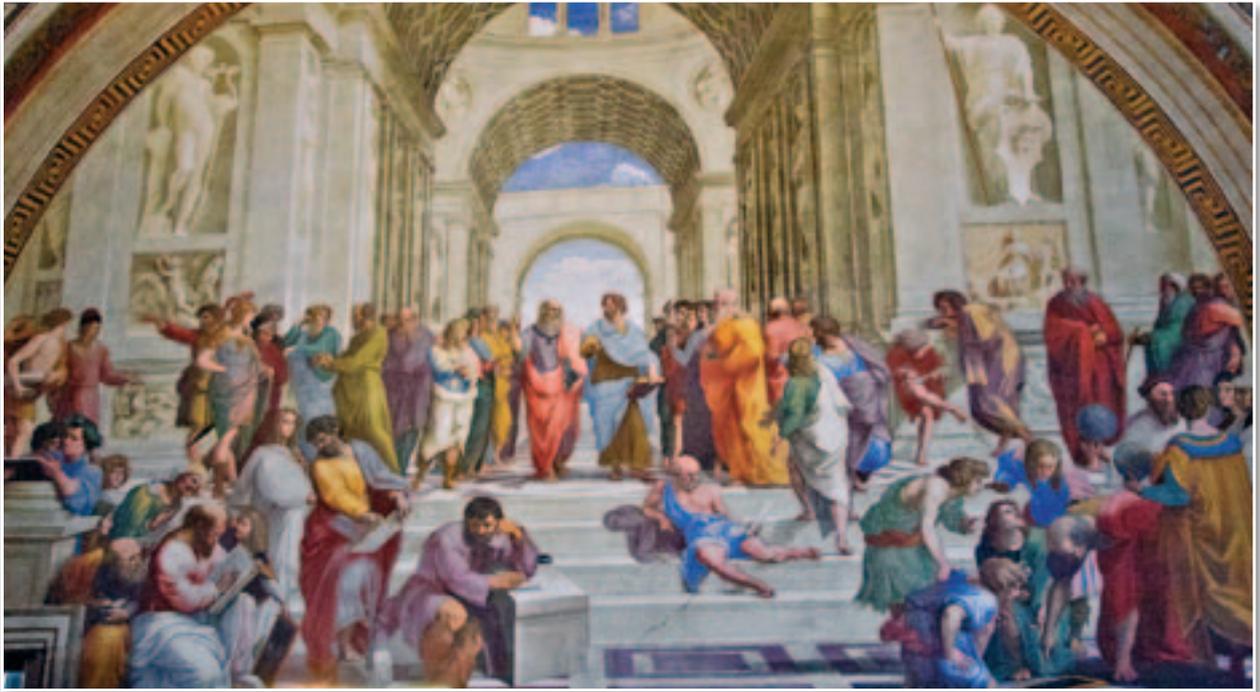
Entre los que le oían en el ágora —como denominaban los griegos a la plaza principal de una ciudad donde tenían lugar las discusiones políticas— había filósofos epicúreos y estoicos. Los primeros tenían la fruición de los placeres como la principal finalidad de la existencia y, consecuentemente, huían del dolor en cuanto podían hacerlo; eran materialistas, pero no negaban la existencia de los dioses, los que, no obstante, raramente interferían en la vida de los hombres. Para los otros, todo lo contrario, la autosuficiencia y la impasibilidad ante el dolor eran tenidas como grandes virtudes.



Ricardo Castelo Branco

"San Pablo" - Plaza de San Pedro (Vaticano)

Varón de un rígido temperamento, San Pablo predicaba denodadamente el Evangelio de Jesucristo en todos los lugares adonde lo conducía su celo apostólico



Como sede que era de las grandes escuelas filosóficas y cuna de la más refinada cultura griega, Atenas ejercía una fuerza de atracción irresistible sobre cuantos aspiraban a adquirir ciencia y cultura

“La escuela de Atenas”, por Rafael Sanzio - Palacio Apostólico, Vaticano

Al oír la plática de aquel extranjero, algunos filósofos se burlaban de él, llamándolo de *spermólogos*, es decir, charlatán o parlanchín. Otros le hacían una de las acusaciones que cinco siglos antes había llevado a Sócrates a la muerte en esa misma ciudad: la de propagar el culto a dioses extranjeros. Porque San Pablo predicaba a Jesús y la *Anástasis* (Resurrección), nombres que les sonaban como un par de divinidades. Entonces lo condujeron al Areópago, tribunal superior de la antigua Atenas, en el que también se juzgaban cuestiones religiosas y morales. Además de ser un órgano jurídico, era un lugar de reunión de los atenienses y forasteros que, en esa época, “no se ocupaban en otra cosa que en decir o en oír la última novedad” (Hch 17, 21).

Esa sed insaciable de noticias facilitaba la actuación del Apóstol: todos se mostraban ávidos de conocer lo que aquel extranjero tendría que decirles. ¿Cómo empezaría su discurso ante ese exigente auditorio,

constituido por los representantes de la más elevada cultura?

Al tratarse de gentiles, no serviría de nada presentarles argumentos sacados de las Sagradas Escrituras. “Los primeros cristianos para hacerse comprender por los paganos no podían referirse sólo a ‘Moisés y los profetas’; debían también apoyarse en el conocimiento natural de Dios y en la voz de la conciencia moral de cada hombre”,⁷ observa el Beato Juan Pablo II.

En la ciudad de Tarso, lugar de paso para el comercio en Asia, el joven Saulo seguramente no recibiría sólo la formación judaica tradicional, sino que también debía haber estudiado disciplinas helénicas, como la retórica. En sus escuelas, además de alfabetización, los alumnos aprendían gimnasia y música.

Proclamación de la fe con sabiduría y sagacidad

Había llegado para el Apóstol de los Gentiles el momento de poner al

servicio de la fe lo que aprendió con la misma cultura griega. “El vivir en una ciudad helenística y la educación heleno-judaica del joven Pablo le conferirían la competencia para que, más tarde, como cristiano, pudiera utilizar con autonomía y como patrimonio propio, el espíritu y la tradición del helenismo”.⁸

Adaptó sus palabras al público que tenía delante de él y, conteniendo la indignación que le causaba la idolatría de los atenienses, empezó por elogiar su religiosidad. De esta forma, comenta el Beato Juan Pablo II, revelaba sabiduría y sagacidad: “El Apóstol pone de relieve una verdad que la Iglesia ha conservado siempre: en lo más profundo del corazón del hombre está el deseo y la nostalgia de Dios”.⁹

Sin embargo, su mirada indagadora había captado un detalle que le sirvió para introducir el tema de su predicación. “Paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré un altar con es-

ta inscripción: ‘Al Dios desconocido’. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo” (Hch 17, 23). Sobre esto comenta el estudioso Schökel: “El exordio, como entrada en materia, es magistral. Como un cumplimento cortés y ambiguo, que se transforma en crítica, y sabe percibir un valor profundo”.¹⁰

La religiosidad de los griegos estaba orientada, no obstante, bajo una perspectiva fuertemente politeísta y pagana, y la profusión de divinidades —adoradas por ellos— vinculada a las diversas vicisitudes que la vida presenta. Los atenienses imaginaban que detrás de cada acontecimiento siempre había la acción de un dios, y temían que les sobreviniesen las desgracias por causa de algún culto omitido o mal realizado. De ahí su empeño en erigir altares incluso al “dios desconocido”, como explica Fillion: “Estaban acostumbrados a ver en todo, y especialmente en circunstancias peligrosas (guerras, terremotos, enfermedades, etc.), la manifestación de la divinidad, y temiendo siempre ofen-

San Pablo adaptó sus palabras al público que tenía delante de él, conteniendo la indignación que le causaba la idolatría de los atenienses

der a algún dios desconocido, recurrían a este medio para hacer propicios a todos los grandes o pequeños dioses, de los que podían temer un acto de venganza o esperar un beneficio”.¹¹

También nosotros somos de la estirpe de Dios

En la secuencia de su discurso, el Apóstol arremete contra la idolatría: Dios, creador de todo lo que existe, Señor del Cielo y de la Tierra, “no habita en templos construidos por manos humanas”, y no necesita de nadie, pues Él es quien “a todos da la vida y el aliento” (cf. Hch 17, 24-25). En seguida, lanza un argumento alen-

tador: el Dios vivo y verdadero no es un ser inaccesible a los hombres; al contrario, Él nos incita a buscarle, aun “a tientas”, porque en realidad “no está lejos de ninguno de nosotros” (cf. Hch 17, 27).

Con el objetivo de aumentar el efecto de sus palabras ante aquellos oyentes cultos y eruditos, San Pablo cita un verso del poeta griego Arato (s. III a. C.) para afirmar que también nosotros “somos de la estirpe de Dios” (Hchc 17, 29).¹² Valiéndose de esto, el Apóstol de los Gentiles muestra a los atenienses lo poco sabio que es, para quien es de la “estirpe” de Dios, adorar imágenes esculpidas por manos humanas.

Entrando en el punto central de su discurso, San Pablo presenta un argumento especialmente sensible para los que formaban parte del tribunal del Areópago: Dios les invi-

Fotos: Gustavo Krahl ; Sergio Hollmann



Los atenienses hacían a San Pablo la misma acusación que cinco siglos antes había llevado a Sócrates a la muerte en esa misma ciudad: la de propagar el culto a dioses extranjeros

Arriba: “Muerte de Sócrates”, por Jacques-Louis David - Metropolitan Museum of Art, Nueva York. A la derecha: “San Pablo Apóstol” - Museo San Pío V, Valencia (España)



taba a arrepentirse de la idolatría, “porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia” (Hch 17, 31). Con todo, a diferencia de lo que sucede en los tribunales humanos, la advertencia sobre ese juicio divino venía unida a la esperanza de un gran perdón, como observa un conceptualizado exegeta del siglo XX: “Se trata de una oferta que Dios hace de su gracia y de su perdón de la vida anterior, transcurrida en el pecado, a fin de que los hombres puedan superar el juicio”.¹³

**El núcleo de la predicación:
Cristo resucitó**

Hasta aquí, San Pablo anunciaba la fe en términos principalmente filosóficos, pero había llegado el momento de entrar en el núcleo de la cuestión: Cristo resucitó de entre los muertos. Esta Resurrección tantas veces predicada por él, como se lee en los últimos capítulos de los Hechos de los Apóstoles, sea tal vez la que más acusaciones y persecuciones le haya causado. Así lo afirma el dominico Michel Gorgues: “La fe en la Resurrección de Jesús y la esperanza en la resurrección de los muertos se presentan con insistencia como el objeto central de la fe y de la predicación cristianas y como el motivo principal de las oposiciones y de las acusaciones dirigidas contra Pablo”.¹⁴

De tal modo San Pablo dio por todas partes testimonio de la Resurrección del Señor que bien merecía ser llamado el Apóstol de la Resurrección: “La aparición de Cristo resucitado a Pablo cerca de Damasco es la vivencia clave para la fe y para la enseñanza del Apóstol”.¹⁵ ¿Cómo podría entonces callarse a respecto de este fabuloso acontecimiento?

Sin embargo, cuando le escucharon que hablaba de la resurrección



“Cristo Resucitado” - Pro Catedral de Hamilton (Canadá)

Los griegos que creían en la inmortalidad del alma no fueron capaces de aceptar la resurrección de los muertos, algo que sobrepasaba los límites de la razón

de los muertos, algunos de sus oyentes se lo tomaban a broma y otros le interrumpían su discurso diciendo: “De esto te oiremos hablar en otra ocasión” (Hch 17, 32).

Así pues, los griegos que creían en la inmortalidad del alma no fueron capaces de aceptar la resurrección de los muertos, algo que sobrepasaba los límites de su razón, y por eso se burlaban del Apóstol y de su doctrina. Pero esos mismos apologistas de la sabiduría y de la lógica no consiguieron percibir la irracionalidad que suponía adorar dioses hechos de oro, plata, piedra o madera, producto del arte y de la imaginación del hombre.

**Aparente fracaso,
resultados evidentes**

¿Fracasó la predicación de Pablo en el Areópago?

Aparentemente, sí. Algunos comentaristas fueron llevados incluso a pensar que en la carta escrita años más tarde a la comunidad de Corinto reconocía lo malogrado de ese discurso: “Yo mismo, hermanos, cuando vine a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. [...] mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana” (1 Co 2, 1-2.4a).

En realidad, San Pablo no hizo en vano esa ufana proclamación de fe en la Resurrección de Cristo. En primer lugar, su ejemplo sirve de precioso estímulo para todos los que son llamados a anunciar el Evangelio en los areópagos paganzantes de todos los tiempos y ciudades. Además, “algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionio-

sio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más con ellos” (Hch 17, 34).

De los otros convertidos, poco o nada se sabe. Pero prestemos atención en el apodo “areopagita”, que indica que se trataba de un miembro de la élite intelectual y judiciaria de Grecia. En efecto, “este título implica que Dionisio era muy influyente; de hecho, de acuerdo con las leyes de Atenas, no pudo llegar a esa elevada posición sino después de haber ocupado otro puesto oficial importante y haber alcanzado la edad de sesenta años”.¹⁶

Así, San Dionisio Areopagita entró en la Historia como un modelo de pensador convertido, que no necesitó renegar de su cultura y ciencia para hacerse cristiano. Por el contrario, sus notables cualidades intelectuales y la amplitud de sus conocimientos jurídicos y filosóficos fueron puestos al servicio de la Iglesia y marcaron, sin duda, su ministerio episcopal como primer obispo de Atenas.

La fe cristiana auténtica no acotaba la razón

Lo mismo ocurre con cualquier pueblo o nación que decide abrir



San Dionisio Areopagita entró en la Historia como un modelo de pensador convertido, que no necesitó renegar de su cultura y ciencia para hacerse cristiano

sus puertas a la influencia benéfica de la Iglesia. A este respecto enseña el Beato Juan Pablo II: “El anuncio del Evangelio en las diversas culturas, aunque exige de cada destinatario la adhesión de la fe, no les impide conservar una identidad cultural propia”.¹⁷

San Pablo se mostró fiel al anuncio de la Buena Nueva, adaptándose a las circunstancias concretas que tuvo que enfrentar en Atenas; fiel también fue Dionisio, al recibir humildemente la Revelación. Pues, como nos enseña el Papa Benedicto XVI, la tendencia moderna de considerar verdadero sólo lo experimental acota la razón humana. La auténtica fe cristiana no impone límites a la razón. Al contrario, encontrándose y dialogando, ambas pueden expresarse mejor. “La fe supone la razón y la perfecciona, y la razón, iluminada por la fe, encuentra la fuerza para elevarse al conocimiento de Dios y de las realidades espirituales. La razón humana no pierde nada abriéndose a los contenidos de la fe; más aún, esos contenidos requieren su adhesión libre y consciente”.¹⁸ ✦

¹ STIRN, François. *Comprender Aristóteles*. Petrópolis: Vozes, 2006, p. 11.

² BARNES, Jonathan. *Aristóteles*. 2ª ed. São Paulo: Loyola, 2001, p. 137.

³ GOURGUES, Michel. *El evangelio a los paganos*. Estella: Verbo Divino, 1990, p. 54.

⁴ PAUSANIAS, apud GOURGUES, op. cit., p. 54. Ídem, ibídem.

⁵ CASCIARO, José María. *Nuevo Testamento: traducción y notas*. Pamplona: EUNSA, 2004, p. 873.

⁶ WIKENHAUSER, Alfred. *Los hechos de los apóstoles*. Barcelona: Herder, 1973, pp. 287-288.

⁷ JUAN PABLO II. *Fides et ratio*, n. 36.

⁸ BECKER, Jürgen. *Apóstolo Paulo, vida, obra e teología*. São Paulo: Academia Cristã, 2007, p. 90.

⁹ JUAN PABLO II, op. cit., n. 24.

¹⁰ SCHÖKEL, Luis Alonso. *Biblia del Peregrino: Nuevo Testamento*. Bilbao: Ega – Mensajero, 1996, t. III, p. 348.

¹¹ FILLION, Louis-Claude. *La Sainte Bible*. París: Letouzey et Ané, 1912, t. VII, p. 741.

¹² Así se expresaba el poeta en su poema *Fenómenos*: “¡Que todo canto comience por Zeus! Nunca dejemos, mortales, su nombre sin alabanza. Todo está lleno de Zeus, las calles y plazas donde se reúnen los hombres, el amplio mar y los puertos; en cualquier lugar adonde vayamos, todos necesitamos de Zeus. Somos in-

cluso de su raza” (ARATO, apud GOURGUES, op. cit., p. 56).

¹³ WIKENHAUSER, op. cit., p. 307.

¹⁴ GOURGUES, op. cit., p. 60.

¹⁵ CASCIARO, op. cit., p. 883.

¹⁶ FILLION, op. cit., p. 743.

¹⁷ JUAN PABLO II, op. cit., n. 71.

¹⁸ BENEDICTO XVI. *Ángelus*, 28/1/2007.

La eficacia de la Iglesia pasa por la Pascua del Señor

La obra de la nueva evangelización no puede ser reducida a una mera iniciativa humana, algo que se debe planear, organizar y realizar. Al contrario, se trata, ante todo y siempre, de la acción de Dios que toca los corazones.

D. José Francisco Hernández Medina, EP

Su Excelencia fue consagrado obispo en enero por el Santo Padre. ¿Qué recuerdos tiene de esa ordenación?

En sí mismo ya es una realidad grande recibir la plenitud del Sacramento del Orden, el Episcopado, si se piensa lo que eso confiere y lo que implica de compromiso y de responsabilidad, sobre todo puesto en relación a la flaqueza y fragilidad personal. Por supuesto, estos sentimientos concomitantes de gratitud y de inadecuación se acentúan además cuando pienso en el hecho de que el Santo Padre ha querido conferirme personalmente la ordenación episcopal, junto a otros cuatro preladados, y que eso haya ocurrido en la Basílica Vaticana, en el altar sobre la tumba de Pedro.

Por otra parte, como Nuncio Apostólico, mi episcopado está todo al servicio del Papa, de su tarea de guía y de unidad en lo que se refiere a la Iglesia universal. Así que las circunstancias de mi ordenación me confirman esta dirección particular de mi futuro ministerio como obispo.

Dada su amplia experiencia en nunciaturas tan diversas como

las de Alemania, Austria y Sri Lanka, ¿podría mostrarnos cómo es la acción de la Iglesia y los medios de evangelización en países con realidades tan diferentes?

En primer lugar, me gustaría decir que es una gracia conocer la realidad de la Iglesia en diversos países y continentes, pues así se puede admirar su gran y multiforme riqueza, la cual, no obstante, en nada perjudica la unidad de ser un solo rebaño bajo un solo pastor (cf. Jn 10, 16). De manera que uno se puede sentir como en casa en cualquier lugar del mundo, porque en todas partes nos encontramos con la única Iglesia; esa es la experiencia de los diplomáticos de la Santa Sede.

Obviamente, la historia, la cultura, las condiciones sociales y los problemas hacen diversa la situación de la Iglesia en los países donde he prestado mis servicios; ciertamente que hay una mayor afinidad y semejanza entre Alemania y Austria, aunque no le faltan tampoco diferencias. Por eso, se comprende cómo la vitalidad aparece de formas desiguales; y los medios de evangelización se corresponden con las tradiciones de las diversas nacio-

nes. Pero al tratarse de la Iglesia, que es una realidad sobrenatural, es radicalmente decisiva la acción de la gracia de Dios que opera en las almas.

El Papa Benedicto XVI ha creado recientemente el Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, teniendo en vista principalmente a los países sujetos a una progresiva secularización de la sociedad. ¿Cuál es el medio más eficaz para reencender la fe, esperanza y caridad en esas naciones?

Conviene recordar que la obra de la nueva evangelización no puede ser reducida a una mera iniciativa humana, algo que se debe planear, organizar y realizar. Al contrario, se trata, ante todo y siempre, de la acción de Dios, misteriosa y poderosa, que toca los corazones. Por tanto, de nuestra parte requiere, sobre todo, la contribución decisiva de nuestra oración y de nuestro sacrificio. Por eso los santos son siempre los verdaderos y principales colaboradores de la nueva evangelización. Si esto no queda bien claro, se corre el riesgo de no afinar y trabajar en vano. Y esto sirve para todos los países y continentes.

Aún a este respecto, vale aquella verdad fundamental, que he querido expresar al escoger como lema episcopal el inicio del Salmo 126: “*Nisi Dominus ædificaverit... — Si el Señor no edifica...*”.

El mundo actual pasa por una enorme transformación cultural, en la que las nuevas tecnologías tienen un papel preeminente. ¿Cómo debería ser hecha la evangelización en nuestra época “digital” y globalizada?

Está claro que hoy tenemos a nuestra disposición medios tecnológicos muy potentes, pero no olvidemos que ellos son, en cierto sentido, “neutros”, es decir, pueden servir tanto para el bien como para el mal. A los ojos de todos, instrumentos como internet muestran claramente esa “ambigüedad”.

Además, es necesario recordar que estos nuevos recursos puestos al servicio de la evangelización nunca pueden sustituir a los “medios de la gracia”, que son los Sacramentos, sino conducir hacia ellos, o sea, al encuentro personal con el Señor en la Iglesia. No podemos, por tanto, contentarnos con las relaciones meramente “virtuales”.

Mi impresión es que, a veces, se considera que las nuevas tecnologías tienen una eficacia casi mágica ante las crecientes dificultades que la vida y la acción de la Iglesia encuentran sobre todo en la sociedad occidental. Pero es una ilusión peligrosa, pues la eficacia de la Iglesia pasa siempre por la Pascua del Señor, es



Gonzalo Raymundo

“Los santos son siempre los verdaderos y principales colaboradores de la nueva evangelización”

decir, por el misterio de su Muerte y Resurrección.

¿En qué medida el crecimiento del materialismo, relativismo y laicismo dificulta la acción e incluso la presencia de la Iglesia?

En su discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, en enero pasado, el Papa Benedicto XVI volvió a indicar los desafíos actuales sobre el respeto a la libertad religiosa en el mundo. De hecho, no está sólo amenazada por la abierta persecución que se registra en algunas zonas del mundo. Especialmente en la sociedad occidental se verifica un intento de marginar a la religión de la vida de la sociedad, y eso depende de la difusión de las posiciones culturales mencionadas en la pregunta.

Como recuerda el Santo Padre, en los últimos tiempos crece finalmente la conciencia de que también en Occidente —tan impregnado de cristianismo y tan ufano de su libertad— la religión, el cristianismo, sobre todo la Iglesia católica, son discriminados y combatidos. Esa nueva

conciencia se debe, también, a la acción de la diplomacia pontificia a nivel de las relaciones bilaterales y de los organismos internacionales.

El éxito de los libros del Papa Benedicto XVI muestra la avidez por oír la voz del pastor. ¿Cuál es la penetración y la fuerza de las palabras del Santo Padre?

En verdad, el Santo Padre siempre nos sorprende con su palabra y con sus escritos, en los que profundidad, originalidad y claridad se conjugan perfectamente.

Creo que la tarea de todos, especialmente de los obispos, sacerdotes y religiosos, es prestar mucha atención a este magisterio, asumirlo y difundirlo. O sea, es necesaria una profunda sintonía con el Papa y su enseñanza, porque esa unidad es condición de eficacia de la acción eclesial. Desafortunadamente, las posiciones disonantes de las del Papa crean incertidumbres, divisiones y escándalos. Debemos reencontrar siempre la unidad en torno a la fe de Pedro, que vive en su Sucesor. ✧



Gustavo Kralj

Mons. Antonio Guido Filipazzi, nació en Melzo (Milán) hace 47 años, fue ordenado sacerdote en Génova por el Cardenal Giuseppe Siri e incardinado en la Diócesis de Ventimiglia-Sanremo. Es bachiller en Teología y doctor en Derecho Canónico por el Centro Romano de la Santa Croce. Diplomado por la Pontificia Academia Eclesiástica en 1992.

Ha desempeñado los cargos de secretario de la Nunciatura Apostólica en Sri Lanka, Austria y Alemania, así como el de consejero de la Sección para las Relaciones con los Estados de la Secretaría de Estado. El 8 de enero de 2011 fue ordenado obispo por el Papa Benedicto XVI y, el 23 de marzo, nombrado Nuncio Apostólico para Indonesia.



Juventud de hoy, sociedad del mañana

“No podemos menos de interesarnos por la formación de las nuevas generaciones, por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, y por su salud, no sólo física sino también moral”, exhortaba el Papa Benedicto XVI en una reciente misiva a la diócesis y a la ciudad de Roma.

En efecto, niños y jóvenes son como pequeñas plantas que necesitan cuidados especiales para poder desarrollarse. Los principios que se les inculquen en esta edad permanecerán toda la vida. Por eso, en los Heraldos del Evangelio hay centenas de misioneros dedicados principalmente a la formación de las nuevas generaciones.

El proyecto “Futuro y Vida” forma parte de esa labor evangelizadora. En varios países de las Américas, Europa y África, equipos de heraldos recorren instituciones de enseñanza realizando, con los alumnos, un acto de veneración a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, seguido de presentaciones musicales o teatrales que reflejan valores culturales y huma-

nos. Los jóvenes que están más interesados se inscriben en los centros de formación de los Heraldos —para dar una continuidad a estas actividades— donde se ofrecen cursos de preparación para los sacramentos, así como clases de música, teatro y otras expresiones artísticas.

El trabajo de los misioneros heraldos no pretende sustituir, sino prestar su auxilio en los esfuerzos que los sacerdotes y los maestros de los jóvenes dispensan en pro de su formación. Y tanto unos como otros aprecian esa colaboración. Una profesora de la enseñanza pública de la ciudad de São Paulo relató lo siguiente al finalizar uno de los actos realizados en su colegio: “La participación de los alumnos fue óptima, aumentando su autoestima, dando buenos ejemplos, valorando los principios morales y éticos”. Y una madre que asistió al desarrollo de uno de los proyectos, felicitaba así: “Mi hijo y yo nos quedamos absolutamente encantados con esta visita. Espero que prosigan esta lucha en defensa de nuestros jóvenes hijos, pues el mundo está necesitando esta evangelización de ustedes”.



Recife (Brasil)



Santiago (Chile)



Vitoria (Brasil)



Maputo (Mozambique)



Buenos Aires (Argentina)



Alicante (España)



Curitiba (Brasil)



São Paulo (Brasil)



Ciudad de México



San José (Costa Rica)



El Membrillo (España)



Asunción (Paraguay)



Medellín (Colombia)



Chinandega (Nicaragua)



Ecuador – La Semana Santa en el Vicariato Apostólico de Sucumbíos fue un auténtico testimonio de Fe. Más de ocho mil fieles acudieron para participar en las ceremonias, algo que nunca había pasado anteriormente. Hasta se notó el regreso de algunos católicos que se habían afiliado a otras religiones. En las fotos, a la izquierda, la Misa del Domingo de Ramos; a la derecha, la procesión del Viernes Santo.

Ejercicios espirituales para cooperadores



Como ya es habitual, sobre todo en el período de Cuaresma, en diversos países se realizaron retiros espirituales para cooperadores de los Heraldos del Evangelio. Estas jornadas, predicadas por sacerdotes o misioneros heraldos, siguen los principios de los Ejercicios Espi-

rituales de San Ignacio de Loyola, y se realizan en un ambiente de silencio y recogimiento, con conferencias seguidas de un tiempo para la meditación personal. Entre los retiros realizados se encuentran los de Madrid (foto 1), Bogotá (foto 2), Cuiabá (foto 3) y Montes Claros (foto 4).

Misión Mariana en Yucatán

Durante los días 24 al 28 de marzo los Heraldos del Evangelio realizaron una gran Misión Mariana en Mérida, capital del Estado mexicano de Yucatán. El propio arzobispo metropolitano, Mons. Emilio Carlos Berlie Belaunzarán, recibió a la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, ante la cual hizo conmovedoras oraciones que fueron calurosamente acompañadas por el pueblo (foto 1). Mons. Rafael Palma, obispo auxiliar, presidió una de las Misas y coronó la imagen de la Virgen.

Todo el pueblo fue acompañando las actividades con entusiasmo. La peregrinación contó con la participación de dos sacerdotes heraldos, quienes trabajaron intensamente durante ese período, sobre todo, administrando el sacramento de la Reconciliación (foto 2), durante horas. Entre cánticos y plegarias, las procesiones se desarrollaban en un clima de mucho fervor.

Uno de los momentos más emocionantes fue la celebración de la fiesta de la Anunciación, el 25 de marzo. Con profundo espíritu mariano, el pueblo de Mérida alabó a la Virgen María en comunión con estas palabras del Beato Juan Pablo II: “Aquella que en la Anunciación manifestó total disponibilidad al proyecto divino, representa para todos los creyentes un modelo sublime de escucha y de docilidad a la Palabra de Dios” (Audiencia, 10 de septiembre de 1997). Se pudieron ver escenas de mucha alegría por la presencia de la imagen de la Madre de Dios (fotos 3 y 4).





Argentina – La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visita periódicamente los hospitales del Gran Buenos Aires, llevando ánimo y consuelo a los enfermos. En las fotos, el Centro de Rehabilitación San Juan de Dios, en Hurlingham y el Hospital Municipal Doctor Bernardo Houssay, en Vicente López.



Guatemala – Los primeros días de la Semana Santa, setenta jóvenes de Costa Rica, El Salvador, Nicaragua y Guatemala, se reunieron en este país para realizar un retiro de ejercicios espirituales. Además de llevar una intensa vida de piedad, con oraciones comunitarias, asistieron a conferencias que les ayudaron a meditar sobre la vida y muerte de Jesucristo.



Isla de la Reunión – En abril, en una Misa presidida por el P. Samy, se formó el primer grupo del Oratorio en esa isla que pertenece a Francia y es vecina a Madagascar.

Brasil – Conmemoración del 60º aniversario de la Adoración Perpetua en Curitiba, presidida por el arzobispo emérito Mons. Pedro Fedalto, en la iglesia de la Orden.

Para confundir a los fuertes...

Alma sencilla y dócil a los designios divinos, sin dejar de ser ama de casa, fue consejera de nobles y eclesiásticos. Acompañó y profetizó acontecimientos vistos en la misma luz de Dios, que nunca le abandonó.



Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos, EP

Al observar la Historia atentamente a través de los ojos de la fe, contemplamos las “huellas de Dios” dirigiendo los acontecimientos, de acuerdo a sus designios. Para este fin, no es raro que la elección del Altísimo recaiga sobre los más débiles y sencillos de corazón, para mayor confusión de los soberbios. Varias figuras del Antiguo Testamento son un testimonio de ello, como Gedeón, David, Judit, Ester y muchos más. Y si nos adentramos en el Nuevo Testamento, todavía nos encontraremos con cuantiosos santos: Juana de Arco, Don Bosco, Bernadette Soubirous o los pastorcitos de Fátima, entre otros muchos.

Así lo afirmaba San Pablo: “Lo débil del mundo lo ha escogido Dios para confundir a los fuertes” (1 Co 1, 27). Él mismo que es humildad, se esconde detrás de los humildes para que su acción sea patente. Y Él le da la solución, la respuesta y el remedio a las dificultades de cada

época histórica, según las exigencias de cada momento.

Para hacer frente a la irreligiosidad y el ateísmo crecientes a finales del siglo XVII, Dios suscitó de manera diversa y en lugares distintos almas de gran valía, a fin de reconducir a la humanidad que se perdía en

el pecado y en la incredulidad. Entre ellas hubo una que fue, sin duda, en palabras de Louis Veuillot, la “respuesta divina a todos los victoriosos del campo de batalla, de la política y de las academias”¹, y cuyas oraciones, según la afirmación del Cardenal Salotti, “tenían ante Dios más poder que los ejércitos napoleónicos”: la Beata Ana María Taigi.

Infancia en el seno de la honrada burguesía de Siena

Nació en Siena el 29 de mayo de 1769. Al día siguiente recibía en la pila bautismal de la iglesia de San Juan Bautista, el nombre de Ana María Antonia Gesualda. Sus padres, Luigi Giannetti y María Santa Masi, procedían de la pequeña, aunque próspera, burguesía de la ciudad. Luigi había heredado de su padre una conceptuada farmacia, considerada como una de las mejores boticas de toda la Toscana.

Durante sus primeros seis años, Ana jugaba despreocupada entre los viñedos, cipreses y oli-



Beata Ana María Taigi, esposa y madre de siete hijos

vares de aquellas arenosas llanuras toscanas, coronadas por rúbeas paredes de rosales, donde vivía la familia Giannetti, en una bonita casa de la calle San Martín. La encantadora niña, hija única del joven matrimonio, crecía recibiendo las primeras enseñanzas cristianas de su buena madre, que modelaba su carácter, inculcándole el sentido del deber y de la responsabilidad, sin hacerle perder el entusiasmo y vivacidad que siempre la caracterizaron.

Sin embargo, los años de alegría duraron poco, pues Luigi, de espíritu imprevisor y extravagante, no

tardó mucho en vender todo con el fin de pagar sus deudas y abandonar la ciudad. En la completa ruina, aún con la honra salvada, decidió recomenzar la vida bien lejos. Y para ello, escogió la Ciudad Eterna.

Los primeros años en Roma

La vida en Roma trajo consigo un cambio radical en los hábitos de la familia, que se fue a vivir a una pobre y pequeña casa en el barrio Monti. Los padres de Ana se vieron obligados a trabajar como empleados domésticos en casas de familias, ganando tan sólo lo necesario para garantizarse una parca alimentación.

En este período, la pequeña fue matriculada en la escuela pública de la vía Graziosa, bajo el cuidado del Instituto Maestre Pie Filippine. Por sus distinguidas maneras, espíritu afectuoso y verdadera piedad, la niña se convirtió en el regocijo de las hermanas encargadas de la escuela. Allí recibió clases de religión, lectura, cálculo y trabajos domésticos, pero del arte de la escritura sólo pudo aprender su propio nombre, pues fue obligada a interrumpir sus estudios debido a una epidemia de viruela.

Al no frecuentar ya los bancos escolares, se vio en la contingencia de trabajar a fin de ayudar en los gastos familiares. Entró de empleada en un pequeño taller, donde cardaba seda y cosía. Cuando regresaba del trabajo se dedicaba a las tareas domésticas. La joven mantenía una constante sonrisa, incluso en la adversidad, al contrario de sus padres.

Vida de vanidades mundanas

Con el paso de los años, Ana se convirtió en una hermosa y vanidosa muchacha que soñaba con formar un feliz y próspero hogar. Se interesaba mucho por la literatura romántica de la época y era asidua en la asistencia a fiestas y bailes.

En 1787 abandonó el taller de costura para trabajar como doméstica en el Palacio Maccarani, donde estaba empleado su padre. La patrona, María Serra Marini, satisfecha con la nueva sirvienta, también le ofreció un puesto a su madre, así como algunas habitaciones en el palacio, y allí se trasladó la familia Giannetti.

Encantada con la joven, la Sra. Serra no cesaba de elogiarla, dejándola cada vez más vanidosa. Le obsequiaba con los vestidos que ya no quería usar y Ana los aceptaba complacida. La influencia de esta vida mundana, aliada a su temperamento amable y extrovertido, amenazaba su honestidad, y sólo no cayó en los abismos del mal gracias a sus buenos principios. En 1790 se casó con Domenico Taigi, un criado del vecino palacio del príncipe Chigi. Establecieron su residencia en un pequeño apartamento del ala de servicio del Palacio Chigi, regalo del generoso príncipe a los nuevos esposos.

Domenico se enorgullecía de su hermosa mujer, que se arreglaba elegantemente, haciéndola ser admirada por todos en los bailes, teatros de marionetas y paseos. Llevaba su vida matrimonial muy en serio, cumpliendo todas sus obligaciones de esposa y tomando a su marido como su señor, rindiéndole una entera sumisión afectuosa, suavizando poco a poco su difícil carácter. A los veintiún años nació su primer hijo.

Una conversión plena y completa

Hasta entonces, nada hacía entrever la especial llamada a la que había sido predestinada por la Providencia. Con todo, la gracia fue poco a po-



Nivaldo Bueno

Paseando con su esposo por la columnata de Bernini, Ana se cruzó con el P. Ángelo Verardi por primera vez

co haciéndose sentir en su alma. Sin explicación aparente, una angustia y una inquietud comenzaron a tomar cuenta del corazón de la joven madre, mostrándole el vacío de aquella vida.

Un domingo, paseando con su esposo por la columnata de Bernini, en la Plaza de San Pedro, se cruzó con un religioso servita, el P. Ángelo Verardi, a quien nunca había visto. Los dos se miraron y el sacerdote oyó una voz sobrenatural que le advertía: “Presta atención en esta mujer, te será confiada un día y trabajarás por su conversión. Ella se santificará, porque la escogí para ser una santa”.

Ana percibió aquella mirada que la observaba profundamente, aunque no la entendió. Pero desde ese momento empezó a perder el gusto por las cosas del mundo. Intentó aquietar su ansiedad hablando con su confesor, pero éste se limitó a los consejos habituales para las señoras casadas: sea fiel y obediente a su marido...

Entonces, buscó otros confesores. No obstante, ninguno consiguió devolverle la paz de alma. Finalmente decidió visitar la iglesia de San Marcelo, donde se había casado, y encontró a un sacerdote en el confesionario: era el P. Verardi. Mientras Ana se arrodillaba para confesarse, el sacerdote oyó de nuevo la misma voz: “Mírala... Yo la llamo a la santidad”. Lleno de alegría y satisfacción, le dijo: “Al final has venido, hija mía. El Señor te llama a la perfección y no puedes rechazar su llamada”.² Y le contó el mensaje que recibió en la Plaza de San Pedro.

Por fin, Dios le había concedido a esa alma escogida la gracia de la conversión. A partir de entonces, renunció a todas las vanidades del mundo y no participó más en diversiones fútiles, encontrando su mayor consuelo y alegría en la oración.

El comienzo de una nueva vida

Empezaba así para esta bienaventurada, de condición sencilla y

desconocida, una vida de oración, penitencia y austeridad. Visiones, revelaciones, sufrimientos, curaciones y milagros serán ahora lo cotidiano en ella, sin dejar de cumplir nunca sus deberes de esposa y madre.

Siete niños bendijeron aquel hogar, tres niños y cuatro niñas. No obstante, la Providencia quiso llevarse a tres de ellos siendo aún pequeños. Como madre extremosa, velaba por la educación de los chiquillos, transformando su casa en un verdadero santuario. El orden reinaba en cada rincón. En las paredes, símbolos religiosos dispuestos con gusto y piedad. Una lamparita se mantenía encendida continuamente en honor de María Santísima y la pila de agua bendita nunca se secaba, se abastecía todos los días para ahuyentar a los demonios.

La rutina seguía una disciplina casi monacal, con horarios de oraciones, de comidas, de conversaciones y de ocio, siempre en la armonía y paz características de una familia católica. Nunca discutió con su marido, consiguiendo mediar en las dificultades entre ambos, y jamás dejó de corregir a sus hijos, velando por su inocencia y por la salvación de sus almas.

Con el consentimiento de Domenico, después de su conversión, decidió entrar en la Orden Tercera Trinitaria, considerando una gloria llevar como insignia el escapulario blanco con la cruz azul y roja. Aunque tuvo que esperar aún varios años para recibir el santo hábito trinitario, lo que solamente ocurrió en 1808.



Gustavo Krahl

La Beata Ana María previó la elección de muchos Papas, entre ellos la del padre Mastai-Ferretti, como Pío IX, en un rápido conclave de tan sólo 48 horas

"Pío IX" - Basilica de San Pedro (Vaticano)

En ese día tan esperado, oyó la voz del Salvador que le decía: “Te destino para convertir a las almas pecadoras, para consolar a las personas de cualquier condición: sacerdotes, prelados e incluso a mi Vicario. A todos los que escuchen tus palabras, los colmaré con gracias especiales... Aunque también encontrarás almas falsas y pérfidas, y serás motivo de escarnio, desprecio y calumnias. Pero todo lo soportarás por mi amor”. Ana respondió algo atemorizada: “Dios mío, ¿a quién habéis elegido para esta obra? Soy una indigna criatura”. La misma voz le replicó: “Así lo quiero. Soy Yo quien te conduciré de la mano, como un cordero llevado por su pastor al altar del sacrificio”.

Gracias místicas extraordinarias

Las gracias que recibió fueron singulares y especialísimas. Un tiem-



El cuerpo de la Beata Ana María Taigi permanece incorrupto en Roma, en la iglesia de San Crisógono, de los trinitarios

po después de haber sido llamada a la vía de la perfección, empezó a ver a su lado un globo de luz sobrenatural, un “sol místico”, como decía ella, en donde tenía largos coloquios con el divino Creador, veía acontecimientos presentes y preveía los futuros, escrutaba el secreto de las almas y de los corazones, al igual que se ve una película o se lee un libro. Este fenómeno le acompañó hasta el final de su vida.³

En sus primeras apariciones, la luz de este “sol” tenía el color de la llama, y el disco era como el del oro. Sin embargo, a medida que la bienaventurada progresaba en la virtud, aquel se hacía más brillante y se revestía de una luz más intensa que la de siete soles juntos. Tal resplandor estaba ante ella a una distancia de un metro y a unos veinte centímetros de su cabeza. Una corona de espinas rodeaba, horizontalmente, todo el diámetro del globo, y de ella bajaban dos espinas largas, una a la derecha y otra a la izquierda del círculo, cruzándose con las puntas arqueadas ha-

cia abajo. En el centro de la esfera había una mujer sentada, majestuosa y con la frente levantada en dirección al cielo, contemplativa, brillando con una luz muy viva.

A respecto de este fenómeno sobrenatural, el Cardenal Pedicini, que convivió con Ana y fue su confidente a lo largo de 30 años, comentó: “Durante 47 años, día y noche, en su hogar, en la iglesia o en la calle, veía en su ‘sol’, cada vez más brillante, todas las cosas físicas y morales de esta Tierra; penetraba en los abismos y se elevaba al Cielo. [...] Veía los lugares, a las personas tratando de negocios, sus vías políticas, la sinceridad o hipocresía de los ministros, toda la política subterránea de nuestro siglo, así como los decretos de Dios para confundir a los grandes personajes. [...] Además, ejercía un apostolado sin límites, conquistando almas, en todos los puntos del globo, preparando el terreno a los misioneros; el mundo entero fue escenario de sus trabajos”.

Veía aún, en su globo de luz, a las almas que se salvaban o se perdían para siempre. Si alguien se acercaba a ella en estado de gracia, la luz se ponía más intensa y ella sentía el perfume de la virtud. Si, por el contrario, era un alma perversa, el globo se quedaba en tinieblas y ella sentía el mal olor del pecado.

Era procurada por gente del pueblo, por nobles, diplomáticos o eclesiásticos que le pedían consejos para los más variados campos de la espiritualidad y de la vida humana. Por mucho que le ofrecían alguna cosa a cambio de su ayuda, la rechazaba con total desprendimiento y humildad, diciendo: “No sirvo a Dios por interés. [...] Me confío a Él, que provee, cada día, mis

necesidades”. Todos la respetaban y la temían, pues en su propio físico reflejaba la nobleza de su alma: una sencillez doméstica con porte de reina.

Dones especiales: curaciones y milagros, visiones y previsiones

En cualquier momento o lugar era arrebatada en éxtasis, pero también padeció todo tipo de enfermedades, quedando en cama largos períodos, sin poder ir a la iglesia. Por eso recibió autorización del Papa Gregorio XVI para tener un oratorio privado en su propia casa.

Fueron innumerables, igualmente, los hechos de la vida cotidiana que atestiguaban sus dones especiales, sobre todo los de curaciones y milagros. Un día, por ejemplo, su nieta se metió un hueso de ciruela en un ojo, perdiendo la vista casi por completo. La beata Ana hizo la señal de la cruz sobre el ojo de la niña, con aceite de la lamparita que mantenía encendida en casa, y la curó hasta el punto de poder ir a la es-

cuela ya al día siguiente. Su esposo también fue objeto de su acción milagrosa. Una mañana de invierno tuvo un ataque apopléjico, cuando se encontraba en la iglesia de San Marcelo. Con sus oraciones, Ana le obtuvo la curación prodigiosa e instantánea.

En su misterioso “sol”, previó varios hechos, entre ellos la elección de muchos Papas, posteriores a Pío VII, y predijo acontecimientos que tendrían lugar en sus respectivos pontificados.

Uno, digno de mención, fue mientras rezaba en la basílica de San Pablo Extramuros, donde asumida por un éxtasis vio al Cardenal Cappellari, allí presente, como futuro Papa con el nombre de Gregorio XVI. Y así se cumplió. De la misma manera anunció la elección del P. Mastai-Ferretti como Pío IX, en un rápido conclave de tan sólo 48 horas, y previó todas las tribulaciones de aquel pontificado, cuando este sacerdote aún estaba en la nunciatura de Chile.

A pesar de su escasa instrucción, hablaba sobre los misterios de nuestra Religión con la profundidad de un teólogo. A los más doctos los dejaba sorprendidos, al dar respuestas precisas y con exactitud teológica. Como ella no sabía escribir, era Mons. Raffaeli Nata-

li —principal postulador de su causa de beatificación y que vivía con la familia Taigi— quien anotaba las alocuciones y mensajes divinos recibidos por la beata.

Víctima de amor por la Iglesia hasta el final

La bienaventurada fue “la víctima de la Iglesia y de Roma”, declaran quienes convivieron de cerca con ella: el confesor, fray Filippo di San Nicola, su confidente y director espiritual, el Cardenal Pedicini, y el propio Mons. Raffaeli Natali.

Su amor a la Iglesia la consumía. Y muchas veces la Providencia le pedía sufrimientos por el bien del Cuerpo Místico de Cristo sin revelarles exactamente sus fines.

En uno de sus éxtasis, María Santísima le dictó una oración que se hizo conocida por medio del Cardenal Pedicini, quien la presentó a Pío VII, el cual la aprobó y enriqueció con indulgencias. Esta oración pide por la Iglesia, terminando con las siguientes palabras: “Obtenme este gran don, que el mundo entero no sea sino un solo pueblo y una sola Iglesia”.

En su última enfermedad, quiso el Señor hacerla participe de sus dolores en las últimas horas de la Cruz, sufriendo el abandono total. Después de recibir el Santo Viático un

miércoles y la Extrema Unción al día siguiente, sintió los dolores de la muerte. Sin embargo, todos pensaron que aún no había llegado su fin, y la dejaron tranquila y sola. En la madrugada del viernes, el 9 de junio de 1837, Mons. Natali tuvo la premonición de su agonía y fue a la casa de la enferma, encontrándola sola, en sus últimos momentos. Rezó las oraciones de la Iglesia para esta hora extrema, le dio la última absolución y la bienaventurada partió hacia la Mansión Celestial.

La vida de Ana María Taigi fue una respuesta divina al racionalismo y escepticismo reinantes por entonces, al orgullo de los poderosos y al materialismo del siglo: “El Señor se burla de los insolentes y concede su favor a los humildes” (Pr 3, 34).

Su cuerpo permanece incorrupto en la iglesia de San Crisógono, de los trinitarios de Roma, como para testimoniar la victoria de la Iglesia, vista en su “sol” luminoso: “El Señor quiere purificar el mundo y su Iglesia, para la que prepara un renacimiento milagroso, triunfo de su misericordia”.

Pidamos que esta victoria venga cuanto antes y se haga oír, en este mundo secularizado y olvidado de las cosas de lo Alto, el mensaje que su vida encierra: “Dios existe, lo sobrenatural existe”. ✧

¹ Todas las citas de este artículo entre comillas, salvo que se indique lo contrario, han sido extraídas de BESSIÈRES, SJ, Albert. *La bienheureuse Anna-Maria Taigi*. Mère de Famille. 7^a ed. Montsûrs: Résiac, 1987; omitiéndose la referencia de la página. Para la presente redacción también fueron usadas como fundamento biográfico las siguientes fuentes: BOUFFIER, SJ,

Gabriel. *La vénérable servante de Dieu, Anna Maria Taigi*. D'après les documents authentiques du procès de sa béatification. 6^a ed. París: Pierre Téqui, 1935; PARODI, Marino. *Anna Maria Taigi, mystique, épouse et mère*. Hauteville: Du Parvis, 2009; LORIT, Sergio C. *La sainte aux sept enfants*. Montréal: s. n., 1984. Traduit du livre italien LITALIEN, O.SS.T.

Marcel. *Taigi, la santa con sette figli*. Roma: Città Nuova, 1964.

² PORTERO, Luis. Beata Ana María Taigi. In: ECHEVERRÍA, Lamberto, LLORCA, Bernardino, BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2004, v. VI, p. 238.

³ Este tipo de gracia es definida por la teología como gracias *gratis datae*, y

según Santo Tomás, estas gracias son así llamadas porque sobrepasan la capacidad natural y los méritos personales de quien las recibe, y no tiene como finalidad primordial la santificación del propio depositario, sino para que éste coopere con la santificación del otro (Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*, I-II, q. 111, a. 1).

Expresión de amor a Jesús y al Papa

Cerca de 10 millones de franceses hicieron a finales del siglo XIX el voto de construir, en París, un santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Así nació la monumental basílica que acaba de cumplir los 125 años de Adoración Eucarística ininterrumpida.



Marcos Eduardo Melo dos Santos

En lo alto de la colina de Montmartre, a pocos kilómetros de la catedral de Notre-Dame de París y del Palacio del Louvre, sobresalen la alba cúpula y la esbelta torre de piedra de la monumental basílica construida en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Imponente y estratégicamente situado, el altivo templo se presenta a los transeúntes como uno de los más destacados marcos de la “Ciudad de la Luz”. Pero, de los millones de peregrinos y turistas que lo visitan anualmente, ¿cuántos conocen su historia y la riqueza de su simbolismo? Menos aún son los que —como hizo el Beato Juan Pablo II en junio de 1980— entran en él para dedicar unos minutos a la oración ante el Santísimo Sacramento, expuesto día y noche desde hace 125 años.

¿Qué acontecimientos dieron origen a esa grandiosa basílica?

De “Monte de Marte” a “Monte de los Mártires”

Para responder correctamente a esa pregunta, remontémonos

a la época galo-romana, cuando la colina en la que se eleva era conocida por el nombre de *Mons Martis* (Monte de Marte), al existir allí un templo dedicado al dios de la guerra. En ella ocurrió un importante episodio de la historia del cristianismo.

Narra San Gregorio de Tours que alrededor del año 250 el Papa había enviado a siete misioneros para evangelizar la Galia, entre ellos San Dionisio.¹ Éste se estableció en las márgenes del Sena, en la entonces llamada ciudad de Lutecia, y consiguió formar una comunidad cristiana, de la cual fue el primer obispo. Sin embargo, corrían tiempos de odio y de persecución a los cristianos. Dionisio fue denunciado a las autoridades romanas y, junto con dos compañeros, el presbítero Rústico y el diácono Eleuterio, lo decapitaron en el Monte de Marte, sobre el año 270. Desde entonces consta que la colina pasó a denominarse *Mons Martyrum* (Monte de los Mártires), dando así origen al nombre francés *Montmartre*.

Lugar de peregrinación

Por su localización privilegiada — con una hermosa vista panorámica de la urbe de París y del río Sena—, la reina Adelaida de Saboya, esposa del rey Luis VI, decidió edificar allí, en el año de 1133, una iglesia en honor del Príncipe de los Apóstoles y un monasterio para monjas benedictinas. Tras la muerte del monarca, la propia reina se retiró a ese convento, que se convertiría más tarde en una de las más importantes abadías de esa Orden en Francia.

A lo largo de los siglos, numerosos santos, como San Bernardo, Santa Juana de Arco, San Vicente de Paúl, fueron a esa colina en peregrinación. Por las laderas del Montmartre también subieron siete hombres que robustecidos por los Ejercicios Espirituales y atraídos por la bendición del lugar desearon emitir sus votos religiosos en la cripta donde se suponía que había ocurrido el martirio de San Dionisio, y de la que hoy no queda prácticamente nada. Eran San Ignacio de Loyola y seis discípulos suyos. Allí se consti-



Del 4 de junio de 2010 al 1 de julio de 2011, la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre conmemora con un Año Jubilar los 125 años de Adoración Eucarística ininterrumpida

tuyó el primer núcleo de la Compañía de Jesús, en la fiesta de la Asunción de 1534.

Otro gran hito de la historia del Monte de los Mártires ocurrió en 1611, cuando fueron halladas en la cripta de la capilla del monasterio de las benedictinas inscripciones que indicaban el sitio exacto del martirio del santo obispo Dionisio. La propia reina María de Médicis quiso conmemorar este descubrimiento llevando a toda la Corte en peregrinación hasta aquel lugar.

Víctima de la Revolución Francesa

La Revolución Francesa interrumpió la multiseular historia de

la abadía benedictina de Montmartre: en 1792, el edificio fue destruido y las religiosas se dispersaron. Varias fueron víctimas de la guillotina, entre ellas la última abadesa, la Madre María Luisa de Montmorency-Laval.

En un grotesco ritual realizado ante una urna que contenía los restos mortales de Marat, la colina fue rebautizada con el nombre de *Mont-Marat*. Y un sacerdote apóstata llevó el ridículo hasta el extremo de comparar el corazón del pretendido “amigo del pueblo” con el Sacratísimo Corazón de nuestro Redentor...²

La inestabilidad política por la que pasó Francia después de la Revolución de 1789 se prolongó ca-

si cien años. Y la situación se mostraba especialmente grave a finales de 1870, tras la fuerte derrota sufrida por ese país en la Guerra Franco-Prusiana. En marzo del año siguiente estalló la Comuna de París, que diseminó el terror y la violencia durante más de dos meses.

“Voto Nacional” para la construcción de la basílica

La gracia de Dios, no obstante, tocó a fondo los corazones de los franceses en este escenario de tragedias e incertidumbre. Recordando las revelaciones que el Señor le había hecho dos siglos antes a Santa Margarita María Alacoque, en varias ciu-



**El martirio de San Dionisio
y sus compañeros dio origen al
nombre "Montmartre"**

"San Dionisio" -
Catedral de Notre-Dame, París

dades los fieles hicieron promesas al Corazón de Jesús, suplicando al divino Redentor la restauración de la patria y la liberación del Papa Pío IX, prisionero en el Vaticano.

Un destacado laico católico parisino, Alexandre Félix Legentil, impulsado por el sacerdote jesuita Henry Ramière, redacta el esbozo de un "Voto Nacional al Sagrado Corazón de Jesús para obtener la liberación del Soberano Pontífice y la salvación de Francia". Fue impreso y distribuido al público, y en poco tiempo las hojas se llenaron de miles de firmas. Concretamente, los signatarios prometían colaborar para erigir un santuario en París dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. Por sugerencia del arzobispo Mons. Hippolyte Guibert, fue escogida la cumbre de la colina de Montmartre para dicha construcción.

Tras meses de consultas, propuestas y providencias di-

versas, la Asamblea Nacional francesa aprobó el 24 de julio de 1873, por una expresiva mayoría —382 votos a favor, 138 en contra y 160 abstenciones—, el proyecto que estipulaba en su artículo primero: "Se declara de utilidad pública la construcción de una iglesia sobre la colina de Montmartre, conforme a la petición presentada por el Arzobispo de París, en su carta de 5 de marzo de 1873, dirigida al ministro de Justicia. Esta iglesia, que será construida exclusivamente con fondos recaudados por suscripción, será dedicada al ejercicio público del culto católico".³

Entusiástica adhesión del pueblo fiel

A pesar de la tremenda crisis financiera en la que se encontraba la Francia de la posguerra —además de otras dificultades, las tropas prusianas vencedoras sólo salieron del territorio francés tras el pago de una considerable indemnización—, el proyecto de construcción de la nueva basílica contó desde el principio con

la entusiástica y generosa participación del pueblo fiel: desde modestos obreros hasta distinguidos miembros del clero y del gobierno adhirieron a la iniciativa. En total fueron recaudados más de 46 millones de francos.

Entre los casi 10 millones de donantes, destacan el propio Papa Pío IX, que hizo una ofrenda personal de 20.000 francos, y una joven de Lisieux llamada Teresa Martin, que envió su brazaletes para que fuera fundido y usado en la confección del gran ostensorio del Santísimo Sacramento. Pocos años después, ella pasaría a la Historia con el nombre de Santa Teresa del Niño Jesús.

La piedra fundamental del nuevo templo fue puesta el 16 de junio de 1875; un año más tarde, se celebró la primera Misa en una capilla provisional. Las obras avanzaron con la velocidad posible de un proyecto de tal envergadura en las difíciles circunstancias de la época. La monumental iglesia fue terminada en 1914.

En el techo del ábside se puede contemplar el mayor mosaico del



**El grandioso mosaico en el ábside de la basílica es un testimonio del amor
del pueblo francés por Cristo y su Sacratísimo Corazón**

país, que representa al Sagrado Corazón de Jesús glorificado por la Iglesia y por Francia, llamado *Cristo en Majestad*. En su base se lee esta divisa en latín: *Christo ejusque Sacratissimo Cordi Gallia poenitens et devota* (A Cristo y a su Sacratísimo Corazón, la Francia penitente y devota).

Adoración Eucarística ininterrumpida

En 1885 comenzó la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento en la basílica, aún en construcción. Desde entonces, gracias al fervor de los adoradores anónimos, no se interrumpió ni siquiera en los momentos de grandes tragedias, como el día en que las tropas alemanas invadieron París en 1940, y la noche en que el edificio tembló y los vitrales salieron disparados bajo el impacto de las bombas que la aviación aliada lanzó en 1944.

Se podría escribir mucho más sobre los maravillosos efectos y los resultados concretos de esa ininterrumpida adoración a la Sagrada Eucaristía, mantenida a lo largo de 125 años a costa de sacrificios, no sólo pequeños, sino a veces heroicos. Bien lo sintetizó el Beato Juan Pablo II al afirmar que, gracias a eso, la basílica se convirtió en “uno de esos centros de donde el amor y la gracia del Señor irradian misteriosa pero realmente sobre vuestra ciudad, sobre vuestro país y sobre todo el mundo redimido”.⁴ ✦

¹ SAN GREGORIO DE TOURS. *Historia francorum*. I. l c. 30.

² Cf. ROPS, Daniel. *A Igreja das Revoluções. I. Diante de novos destinos*. São Paulo: Quadrante, 2003, t. VIII, p. 57.

³ WEISS, Juan Baptista. *Historia Universal*. Barcelona: La Educación, 1933, t. XXIV, p. 510.

⁴ BEATO JUAN PABLO II. *Alocución en la basílica del Sagrado Corazón*, en París, 1/6/1980.



Nivaldo Bueno

Voto Nacional al Sagrado Corazón de Jesús

PARA OBTENER LA LIBERACIÓN DEL SOBERANO PONTÍFICE
Y LA SALVACIÓN DE FRANCIA

Ante las desgracias que afligen a Francia, y las desgracias quizá mayores que todavía la amenazan; ante los sacrílegos atentados cometidos en Roma contra los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede, y contra la persona sagrada del Vicario de Jesucristo; nos humillamos ante Dios, y unimos a nuestro amor a la Iglesia y a nuestra patria, reconocemos que somos culpables y castigados justamente.

Y para hacer una reparación pública de nuestros peca-

dos y obtener de la infinita misericordia del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo el perdón de nuestras faltas, así como los socorros extraordinarios sin los que no se podrá liberar al Sumo Pontífice de su cautiverio y hacer cesar las desgracias de Francia, nos comprometemos a contribuir para la construcción en París de un santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

(Texto del Voto Nacional grabado en el mármol de la basílica de Montmartre).



Mons. Rivera exhorta a los jóvenes a dar un significado a sus vidas

El Arzobispo de Ciudad de México, el cardenal Norberto Rivera Carrera, lamentando el aumento del número de suicidios entre los jóvenes en México, exhortaba a los cerca de dos mil estudiantes reunidos en la Misa del 70 aniversario del Colegio Tepeyac a que se aproximaran a Cristo para dar un significado a sus vidas, y les invitaba a imitar al buen samaritano, ayudando a las personas necesitadas.

“Tienen que pensar seriamente hacia dónde se dirigen, qué felicidad quieren alcanzar, Jesús nos propone una felicidad que no termina, una dicha que no acaba, una felicidad que nadie nos puede quitar”, dijo el purpurado.

Días antes, un estudio realizado por Guilherme Luiz Guimarães Borges, investigador del departamento de Atención a la Salud de la Universidad Autónoma Metropolitana de México, reveló que había aumentado un 275% el número de suicidios en ese país, de 1970 a 2007, siendo ésta una de las principales causas de muerte en las personas de entre 15 y 29 años.

Historia de la Biblioteca Vaticana

El pasado 7 de abril fue presentado en la Sala Marconi de Radio Vaticano el libro *El origen de la Biblioteca Vaticana, entre Humanismo y Renacimiento*. Es el primero de una

colección de siete volúmenes sobre la historia de la más antigua y prestigiosa biblioteca de Europa, fundada por el Papa Nicolás V a mediados del siglo XV.

La obra, que está bajo la coordinación de Antonio Manfredi, aborda desde varios puntos de vista las características específicas que en poco tiempo hicieron de esta institución un modelo para toda la cultura europea. Además del prefacio del cardenal Raffaele Farina, archivero y bibliotecario de la Santa Romana Iglesia, lleva una introducción de Mons. Cesare Pasini, prefecto de la Biblioteca Apostólica Vaticana.

Los próximos libros llevarán los siguientes títulos: *La Biblioteca Vaticana y la Reforma Católica*; *La nueva sede en el Salón Sixtino*; *El siglo de las luces y la edad napoleónica*; *De la Restauración a León XIII*; *De León XIII a Pío XI* y *De Pío XII a nuestros días*.

El acervo de la Biblioteca Vaticana se compone de cerca de 180.000 volúmenes manuscritos, 1.600.000 libros impresos, 300.000 monedas y medallas, 300.000 piezas diversas (estampas, dibujos, matrices y fotografías).



Basilica china conmemora 150 años

La basílica de la Inmaculada Concepción, de la Diócesis de Kaohsiung (Taiwan), conmemora este año el 150 aniversario de la construcción de la primitiva iglesia, erigida en ese lugar en 1861 por misioneros españoles. Destruída poco

tiempo después por un terremoto, fue sustituida en 1870 por un nuevo edificio consagrado a la Inmaculada Concepción. El 20 de julio de 1984, el Papa Juan Pablo II elevó el templo a la categoría de Basílica Menor.

Para celebrar el año jubilar, un decreto de la Penitenciaría Apostólica concede indulgencia plenaria a todos los fieles que vayan en peregrinación a esa basílica durante el año 2011, cumpliendo con las condiciones habituales.

Un Catecismo dirigido a la juventud

El *Youcat*, una versión resumida del Catecismo de la Iglesia Católica para los jóvenes, fue presentado el 13 de abril en la Sala de Prensa del Vaticano. El libro, de 300 páginas, ha sido editado en seis idiomas, con un total de 700.000 ejemplares que serán distribuidos en la próxima Jornada Mundial de la Juventud que se realizará en agosto en Madrid.

Concebido en forma de preguntas y respuestas, el *Youcat* —acrónimo en inglés de *Youth Catechism*, el Catecismo dirigido a los jóvenes— reproduce de modo riguroso el contenido del Catecismo de la Iglesia Católica, en un lenguaje adecuado a los jóvenes, explicó el cardenal Stanisław Ryłko, presidente del Pontificio Consejo para los Laicos.

El cardenal Christoph Schönborn, Arzobispo de Viena y responsable por la edición principal, dijo que la novedad del proyecto era que por primera vez los autores del Catecismo no son únicamente teólogos, sino un grupo de jóvenes guiados por teólogos y obispos.

En el prólogo, el Papa Benedicto XVI le dice a los jóvenes: “¡Estudiad el Catecismo con pasión y constancia! ¡Dedicadle tiempo! Estudiadlo en el silencio de vues-

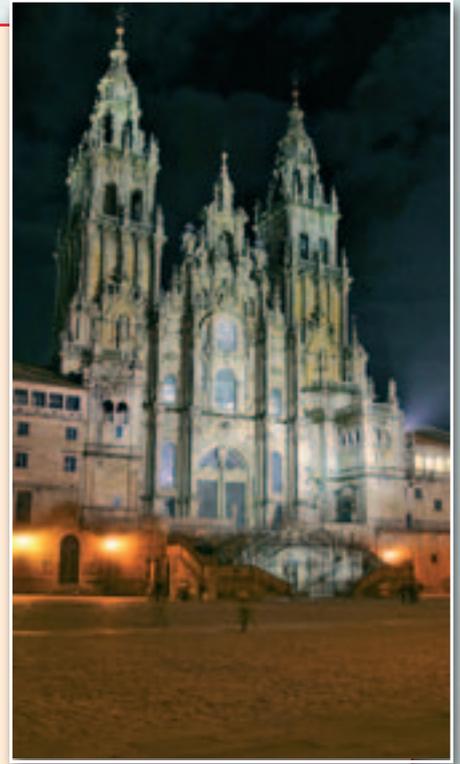
Octavo centenario de la catedral de Santiago de Compostela

La catedral de Santiago de Compostela, importante centro de peregrinación desde la Edad Media, celebra este año ocho siglos de existencia. El monumental templo románico, consagrado solemnemente el 21 de abril de 1211 por el obispo Mons. Pedro Muñiz, se yergue en el lugar donde fue descubierta a principios del siglo IX la tumba del apóstol Santiago.

Los eventos conmemorativos empezaron el 9 de abril y se prolongarán hasta diciembre. Además de ceremonias religiosas, el programa incluye actos culturales como congresos y ciclos de conferen-

cias, conciertos, exposiciones e incluso actividades gastronómicas.

En una extensa y documentada carta pastoral escrita con motivo de este aniversario, el Arzobispo de Compostela, Mons. Julián Barrio, desarrolla en profundidad el tema *La Catedral, "Iglesia madre" de la Diócesis*. Y concluye sus consideraciones exhortando a utilizar los actos religiosos y culturales del centenario para "revitalizar nuestras raíces cristianas y ser fieles a nuestra identidad. Con palabras del Papa Benedicto XVI, pedimos que el Señor nos ayude a redescubrir el camino de la belleza como uno



de los itinerarios, quizá el más atractivo y fascinante, para sentir el Amor de Dios y para amar a Dios".

tro cuarto, leedlo en pareja, si tenéis novio; formad grupos de trabajo y redes, intercambiad opiniones en internet. ¡De cualquier forma, mantened conversaciones acerca de la fe!".

La UNESCO declara "Stille Nacht" Patrimonio Mundial

El más popular de los villancicos navideños del mundo, *Stille Nacht* (Noche de Paz, en la versión española) ha sido incluido en la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO, por su "contribución fundamental al mantenimiento de la diversidad cultural", según declaró a la prensa la directora de la comisión austríaca de ese mismo organismo, María Walcher.

La letra de esa famosa canción la escribió, en 1816, el P. José Mohr, en Obendorf (Austria), y la melodía la compuso el organista de la iglesia de esa localidad, Franz Gruber. Fue presentada al público por primera vez en la Nochebuena de 1818, en la iglesia de San Nicolás, y actualmente es cantada en más de trescientos idiomas.

Salesianos asisten a jóvenes refugiados en el Congo

Treinta jóvenes congoleños —huérfanos o hijos de padres refugiados por causa de la guerra— fueron recibidos el pasado 4 de abril en el centro humanitario Boscolac, recién construido en la ciudad de Goma (República Democrática del Congo) y mantenido por la ONG *Red Depor-*

te, en colaboración con los salesianos.

Con unas breves palabras de bienvenida y de ánimo, el P. Faustin Llunga, director del Boscolac, les dijo: "En este centro deberéis convertirnos en buenos cristianos y honestos ciudadanos", informa la agencia salesiana de noticias. Los jóvenes serán asistidos por dos animadores, un enfermero y dos supervisores, que convivirán con ellos.

El Centro Boscolac también les da la oportunidad de participar en cursos intensivos sobre la solución de conflictos, derechos humanos, salud básica, nutrición y otros temas, que son impartidos a los líderes comunitarios de los barrios vecinos, habitados en general por familias de refugiados.



Benedicto XVI responde a preguntas por televisión

Por primera vez en la Historia, un Papa se sirve de la televisión para responder a cuestiones propuestas por personas de diversos países. La transmisión, de una hora y veinte minutos de duración, fue realizada el Viernes Santo por la emisora italiana *RAI Uno*, en el programa *A su imagen. Preguntas sobre Jesús*.

De las más de 2.000 preguntas enviadas fueron seleccionadas las siete más significativas. Dos de ellas muy conmovedoras y atendidas con especial afecto por el Santo Padre: la de la pequeña Elena, de siete años, hecha directamente desde Japón, devastado por el terremoto y el tsunami; y la de una madre cuyo hijo de cuarenta años se encuentra en estado vegetativo desde hace dos años.

El Papa incentiva a los participantes del UNIV

Al final de la Audiencia General del 20 de abril, realizada en la Plaza de San Pedro, el Papa se dirigió a los tres mil estudiantes que participaron en el encuentro internacional del UNIV, organizado por la Prelatura del Opus Dei, haciendo votos de que, “estas jornadas romanas sean para todos vosotros ocasión para redescubrir la persona de Cristo y para hacer una fuerte experiencia eclesial, a fin de que podáis volver a casa animados por el deseo de testimoniar la misericordia del Padre celestial. Así, a través de vuestra vida se cumplirá lo que deseaba San Josemaría Escrivá: ‘Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación

que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: este lee la vida de Jesucristo’”.

UNIV es un encuentro anual de estudiantes universitarios que el Instituto para la Cooperación Universitaria (ICU) organiza en Roma durante la Semana Santa, desde 1968. El primero fue realizado por iniciativa del fundador del Opus Dei, San Josemaría Escrivá.

Instituciones católicas trabajan en la reconstrucción de Haití

Más de un año después del terremoto que asoló Haití, prosiguen sin interrupción los esfuerzos de la comunidad católica para dar respuestas concretas al deseo de renacimiento de la sociedad haitiana, con particular empeño en la restauración de las estructuras sanitarias, informa *Radio Vaticano*.

Así, las instituciones americanas *Catholic Health Association* y *Catholic Relief Services*, trabajan actualmente en un proyecto de reconstrucción del Hospital San Francisco de Sales, con capacidad para doscientas camas. Este proyecto pretende desarrollar una cooperativa con los agentes de salud haitianos, con el fin de mejorar los servicios de asistencia, explicó Sor Carol Keehan, presidenta del *Catholic Health Association*.

A pesar de las numerosas iniciativas para ayudar a las víctimas del terremoto, queda aún mucho por hacer. Según estimaciones recientes, cerca de 600.000 haitianos continúan viviendo en los campos de refugiados.

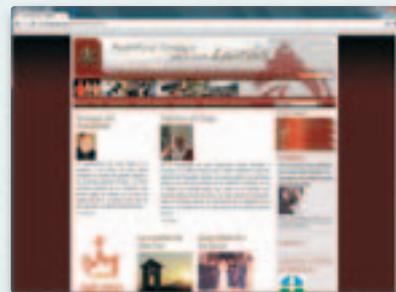
La oración ayuda a desarrollar el cerebro

La práctica del silencio, la meditación y la oración favorecen diversas áreas cerebrales, haciéndolas “más pacientes y altruistas”, afirmó el 14 de abril la neurorradióloga italiana Adriana Gini, en un foro mul-

timedia realizado en Roma, informa la agencia *ACI*.

El foro Comunicación Juvenil en la Era de los Medios de Comunicación Sociales fue patrocinado por el Consejo Pontificio de la Cultura, en respuesta a la invitación hecha por el Papa Benedicto XVI en noviembre de 2010 a los participantes de la asamblea plenaria de ese dicasterio para que se beneficiaran —con renovado compromiso creativo, pero también con sentido crítico y cuidadoso discernimiento— “de los nuevos lenguajes y de las nuevas modalidades comunicativas”.

En un ambiente sereno e interactivo, añadía la Dra. Gini, la presencia de padres afectuosos, la amistad y la vida activa son elementos que permiten a los niños “un correcto desarrollo cerebral y, por tanto, la adquisición de capacidades como el equilibrio emotivo, la sociabilidad y la generosidad”.



Nuevo sitio web del Pontificio Consejo para los Laicos

Desde el pasado 30 de abril ya está disponible la web oficial del Pontificio Consejo para los Laicos (www.laici.va) en cuatro lenguas —inglés, italiano, español y francés—, con imágenes, noticias y detalles de las actividades de ese dicasterio.

Esta nueva página web, que “será una ‘ventana abierta’ a todas las actividades del dicasterio”, ha sido planificada por el Servicio Internet Vaticano. La fecha de su lanzamiento no fue escogida por casualidad. “Entrar en el

escenario de la web en la víspera de la beatificación de Juan Pablo II significa el deseo de rendir un homenaje a este gran Pontífice, que dio un inmenso impulso al apostolado de los laicos y a la nueva era asociativa de los fieles laicos”, informa el editor del sitio.

San Isidro, laico patrono de la JMJ 2011

San Isidro Labrador es uno de los santos laicos propuestos como patronos de la Jornada Mundial de la Juventud 2011 (JMJ), así lo recordaba, el pasado 15 de mayo, día de su fiesta, Mons. César Franco, obispo auxiliar de Madrid y coordinador general de la JMJ, en la Misa celebrada al aire libre cerca de la ermita del santo, en la conocida Pradera de San Isidro, del madrileño barrio de Carabanchel.

En el mismo recinto, tuvo lugar la tradicional comida campestre, que forma parte de la romería desde hace varios siglos. Voluntarios y familias de acogida de la JMJ han estado presentes en las fiestas en honor de su patrono, para dar su testimonio,

invitar a la participación y ofrecer información sobre la próxima JMJ.

San Isidro fue beatificado por Pablo V el 14 de junio de 1619 y canonizado por su sucesor, Gregorio XV, el 12 de marzo de 1622. Juan XXIII lo declaró patrono de los agricultores españoles en 1960.

Se casó con María de la Cabeza, también patrona laica de la JMJ. Forman uno de los pocos matrimonios canonizados que proponen su modelo a los jóvenes como una vocación desde la que alcanzar la santidad.



Marta Carneiro / PUC Minas

El cardenal Ouellet presenta libro del Papa en Brasil

El prefecto de la Congregación para los Obispos, el cardenal Marc

Ouellet, presentó el 9 de mayo en la Pontificia Universidad Católica de Minas Gerais (PUC Minas), Brasil, el libro más reciente de Benedicto XVI: *Jesús de Nazaret: De la entrada en Jerusalén a la Resurrección*.

Dirigiéndose a un auditorio repleto de estudiantes y profesores, además de directores de la PUC Minas y de la Sociedad Minera de Cultura, el purpurado empezó por agradecer “la oportunidad de conocer la realidad de una universidad brasileña”, informa la página web de la Archidiócesis de Belo Horizonte.

A respecto de la obra literaria, el cardenal señaló que el Papa había demostrado humildad al estar dispuesto a discutir con los exegetas “con rigor científico, pero con la fe en el Espíritu Santo”. Acentuó igualmente que, en este sentido, Benedicto XVI fue más allá del racionalismo positivista, pues “interpreta los hechos reales guiado por la hermenéutica de la fe, pero llevando en consideración la exegesis histórico-crítica”.

El Rosario en CD

El Papa Benedicto XVI durante su viaje a Portugal en mayo del 2010 enseñó que “el rezo del Rosario nos permite poner nuestros ojos y nuestro corazón en Jesús, como su Madre, modelo insuperable de contemplación del Hijo”.

Para que un mayor número de personas y familias se deje atraer por los misterios de Cristo y pueda atender los pedidos hechos por la Virgen en Fátima, que se apareció en seis ocasiones a los pastorcitos, de mayo a octubre del 1917, insistiendo en el rezo del Rosario para alcanzar la paz, la Asociación Cultural Salvadme Reina de Fátima editó y divulgó treinta mil ál-

búmenes, conteniendo dos CDs cada uno, con los 20 misterios del Rosario, acompañados de un libro que enseña cómo rezarlo con devoción.

Con el título “El Santo Rosario. La oración de la Paz”, el álbum difundido especialmente en el mes de mayo, forma parte de una amplia campaña publicitaria que tiene como finalidad redescubrir la devoción del Rosario en España. Además de los CDs, la asociación ya ha distribuido trescientos mil rosarios entre las familias.





Más de un millón de personas en la beatificación de Juan Pablo II

“**C**on nuestra autoridad apostólica, concedemos que el venerable Siervo de Dios Juan Pablo II, Papa, de ahora en adelante sea llamado beato y que se pueda celebrar su fiesta en los lugares y según las reglas establecidas por el derecho, cada año, el 22 de octubre”. Tras estas palabras del Papa Benedicto XVI, una multitud de más de un millón de fieles irrumpieron en aplausos en la Plaza de San Pedro mientras era descubierto un enorme tapiz con el rostro del nuevo beato, que pendía de la fachada de la basílica.

En la ceremonia estuvieron presentes delegaciones oficiales de 88 países, entre ellas representantes de cinco Casas Reales, dieciséis jefes de Estado, tres vicepresidentes y siete primeros ministros.

Vigilia en el Circo Máximo

Las celebraciones comenzaron en la víspera de la beatificación, el 30 de abril, con una vigilia en el Circo Máximo (Roma), que constó de dos momentos: la celebración de la Memoria, seguida de la recitación de los misterios luminosos del Santo Rosario —introducidos por el Papa Juan Pablo II—, en el que participaron 100.000 fieles.

En esta ocasión dieron sus testimonios Sor María Simón-Pierre, la monja francesa cuya curación milagrosa permitió concluir el proceso de beatificación, y algunos de los colaboradores cercanos del nuevo beato: su secretario personal, el cardenal Stanisław Dziwisz, actual Arzobispo de Cracovia, y Joaquín Navarro-Valls, portavoz del Vaticano durante su pontificado.

Tras la vigilia, Roma vivió por primera vez una “noche blanca” de la oración, en la que los peregrinos pudieron rezar durante la madrugada en ocho iglesias localizadas a lo largo del recorrido del Circo Máximo a la Basílica de San Pedro. En todas ellas había numerosos sacerdotes disponibles para atender confesiones.

“¡Dichoso tú, porque has creído!”

La solemne liturgia de beatificación fue precedida por una hora de preparación, en la que se rezó la Corona de la Divina Misericordia, devoción introducida por Santa Faustina Kowalska y tan querida por el Papa Juan Pablo II.

Benedicto XVI empezó su homilía recordando el ambiente de la Plaza de San Pedro el día de los funerales de su predecesor: “El dolor por su pérdida era pro-



Fotos: Gustavo Kraji

Misa de beatificación: a la izquierda, el cardenal Agostino Vallini, Vicario General para la Diócesis de Roma, saluda al Santo Padre; a la derecha, vista general de la celebración



Dos momentos de la vigilia en el Circo Máximo, con la que se dio inicio a las celebraciones

fundo, pero más grande todavía era el sentido de una inmensa gracia que envolvía a Roma y al mundo entero”.

Tras recordar algunos trazos destacados del anterior Pontífice, Benedicto XVI afirmó: “Quisiera finalmente dar gracias también a Dios por la experiencia personal que me concedió, de colaborar durante mucho tiempo con el Beato Papa Juan Pablo II. Ya antes había tenido ocasión de conocerlo y de estimarlo, pero desde 1982, cuando me llamó a Roma como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, durante 23 años pude estar cerca de él y venerar cada vez más su persona”.

A continuación resaltó algunos aspectos de la vida espiritual del nuevo beato: “El ejemplo de su oración siempre me ha impresionado y edificado: él se sumergía en el encuentro con Dios, aun en medio de las múltiples ocupaciones de su ministerio. Y después, su testimonio en el sufrimiento: el Señor lo fue despojando lentamente de todo, sin embargo él permanecía siempre como una ‘roca’, como Cristo quería. Su profunda humildad, arraigada en la íntima unión con Cristo, le permitió seguir guiando a la Iglesia y dar al mundo un mensaje aún más elocuente, precisamente cuando sus fuer-

zas físicas iban disminuyendo. Así, él realizó de modo extraordinario la vocación de cada sacerdote y obispo: ser uno con aquel Jesús al que cotidianamente recibe y ofrece en la Iglesia”.

Y concluyó con estas palabras: “¡Dichoso tú, amado Papa Juan Pablo, porque has creído! Te rogamos que continúes sosteniendo desde el Cielo la fe del Pueblo de Dios. Desde el Palacio nos has bendecido muchas veces en esta Plaza. Hoy te rogamos: Santo Padre: bendícenos. Amén”.

Tras la ceremonia de beatificación, el ataúd con los restos mortales de Juan Pablo II, retirado de las Grutas Vaticanas, quedó expuesto hasta el día siguiente ante el Altar de la Confesión, en el interior de la Basílica de San Pedro, para la veneración de los fieles.

Misa de Acción de Gracias

El 2 de mayo, por la mañana, concluyeron los tres días de oración con la primera Misa en honor del nuevo beato, celebrada en la Plaza de San Pedro por el cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado, y precedida de una hora de preparación, en la que fueron recitadas algunas poesías del Beato Juan Pablo II.



Sacrificios por Jesús

Entonces, pensó Pedro, ¿el dolor también puede estar presente en la vida de los niños? Y si Cristo, siendo un niño, sufrió tanto por mí, ¿qué puedo hacer para consolarlo?



Fernanda Cordeiro da Fonseca

Anita y Pedro eran gemelos. Su nacimiento había sido un regalo de Dios para Procopio y Gabriela, pues sus hijos no trajeron sino bendiciones a su hogar, que había sido constituido hacía algunos años ya.

Los niños fueron bautizados enseñada y crecían saludables; eran tranquilos y muy alegres. Su extremosa madre les había enseñado, desde pequeños, a reconocer a Jesús y a la Virgen en las hermosas imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María entronizadas en su casa. Y siempre los llevaba a Misa con ella, en su carrito doble, donde permanecían silenciosos y comportados, prestando atención en todo, como si fueran capaces de comprender la profundidad del misterio eucarístico.

Dado que la familia tenía ciertas posesiones, los niños no conocían lo que era pasar por dificultades y en aquella tierna edad aún no se les había presentado ninguna ocasión pa-

ra demostrar la generosidad de alma necesaria al enfrentarse a un sufrimiento.

Había llegado el tiempo de prepararse para la Primera Comunión. A su regreso a casa después del trabajo, y tras haber rezado el Rosario en familia, don Procopio le tomaba la lección de Catecismo a sus hijos. De esta forma, cuando llegaba el sábado, sabían responder de memoria todas las preguntas que el catequista les hacía, con lo que se ganaban innumerables estampitas como premio, que coleccionaban con verdadera piedad.

Ahora bien, más que memorizar la doctrina, los dos niños procuraban vivir según aquello que aprendían. La fe crecía en sus corazoncitos y el deseo de recibir a Jesús, en el Santísimo Sacramento, aumentaba en ellos cada vez más.

En una de las clases de catequesis, Pedro ganó una estampita donde estaba representado el Niño Jesús crucificado, con una frase: “No pude hacer más por ti, para demostrar-

te mi amor”. Cuando la profesora se la entregó le explicó que Cristo, desde muy corta edad, conocía y aceptaba todo lo que tendría que sufrir en la Pasión por amor a nosotros. Y le exhortó a consolarlo en sus dolores, ofreciendo pequeños sacrificios por amor a Él.

El niño se quedó muy impresionado, pues siempre había visto a Jesús crucificado como un hombre maduro, nunca como un niño. Entonces, pensó, ¿el dolor también puede estar presente en la vida de los niños? Y si Cristo, siendo un niño, sufrió tanto por mí, ¿qué puedo hacer para consolarlo?

Durante el camino de vuelta a casa, le contó a su hermanita lo que llevaba en su corazón. También se quedó impresionada y juntos decidieron ofrecer algún sacrificio para aliviar los dolores del pequeño Jesús.

Ya en su casa, Pedro le preguntó a su madre:

— Mamá, ¿qué es lo que sería un sacrificio para un niño como nosotros?

La buena señora, sorprendida por la pregunta, pensó un poco y le respondió:

— Ser obedientes y portarse bien.

Los dos hermanitos se extrañaron con la respuesta, pues ya eran obedientes y se portaban correctamente, y eso no les suponía ningún esfuerzo...

Anita dijo entonces:

— No, mamá, algo difícil, que nos cueste...

Doña Gabriela pensó un poco más y dijo:

— Pues entonces, podría ser que no gastaseis el dinero que la abuela os da para comprar helados y chocolates, y ofrecerla como limosna a algún necesitado.

Eso les pareció un poco más difícil... Un día, antes de ir a la escuela, le llevaron el dinero a una señora inválida que se ponía en la puerta de la iglesia, viviendo de la caridad de los fieles. La alegría de la pobre mujer al recibir de los infantiles donantes aquella módica cantidad les llenó el alma de entusiasmo.

Sin embargo... cuando llegaron a casa, se encontraron con que había helado y chocolate de postre. Los dos, decepcionados, pensaron: “¿Adónde ha ido a parar nuestro sa-

crificio, si no quedamos privados de comer lo que tanto nos gusta?”.

A la mañana siguiente, antes de ir a la escuela, su madre les preparó un sándwich caliente de jamón y queso, que era la delicia de los niños. Ese aroma de queso derretido impregnaba toda la casa. A pesar de ello, mientras se estaban arreglando, Pedro y Anita decidieron abstenerse del sabroso emparedado y llevarse lo a la limpiadora de la escuela, que trabajaba mucho y nunca tenía nada que comer a la hora del recreo. Seguramente que pasaría hambre.

En la mesa, los niños se sirvieron el habitual chocolate con leche, pero limitándose a acompañarlo sólo con galletas. La madre estaba un poco decepcionada, sin entender el rechazo del manjar que había preparado con tanto cariño.

Entonces, Anita le pidió que envolviera los sándwiches y le explicó lo que habían pensado. Doña Gabriela, emocionada con esa generosidad de alma de sus pequeños, les dijo que con mucho gusto prepararía otros para la limpiadora de la escuela. Y se podrían comer los suyos sin recelo.

— ¿Y dónde quedaría nuestro sacrificio para consolar al Niño Jesús?, preguntó Pedro.

Su madre, muy tocada con la respuesta, tuvo que contenerse para que no se le cayeran las lágrimas.

Cuando llegó el recreo, los dos niños se fueron corriendo hacia donde estaba la limpiadora y le dijeron contentos:

— Sra. Adelaida, hoy le hemos traído un regalo. ¡Mire!

Y le presentaron el paquete con los dos succulentos sándwiches.

Anita añadió:

— Como hemos visto que usted nunca come en la hora de nuestro almuerzo, pensábamos que se debe quedar con hambre...

La alegría de ver la gratitud de aquella señora tan sencilla y el ape-



Edith Pettitlerc

Los dos niños se fueron corriendo hacia donde estaba la limpiadora y le dijeron contentos: Sra. Adelaida, hoy le hemos traído un regalo. ¡Mire!

tito con el que apreciaba el obsequio, compensaba el pequeño vacío que sentían en el estómago por el frugal desayuno. Pero el hecho de estar demostrando con ese gesto su amor a Cristo, que se entregó por nosotros en la Cruz, los consolaba aún más.

Pasaron los meses y llegó, por fin, el gran día de la Primera Comunión. Con estos y otros pequeños sacrificios, los niños se habían fortalecido para enfrentar las luchas de la vida, y sus almas inocentes, sin darse cuenta, se habían unido estrechamente a Jesús.

Así pues, cuando los acordes del órgano indicaban el comienzo de la ceremonia, los piadosos corazones de Anita y Pedro empezaron a latir con más fuerza: ardían en el deseo de recibirlo en cuerpo, sangre, alma y divinidad en el sacramento de la Eucaristía.

Durante la Misa se sintieron inundados de gracias, y éstas fueron *in crescendo* hasta alcanzar el auge en el momento de la Comunión. Jesús, al entrar en esas almas puras y generosas, quería que este primer encuentro eucarístico con ellas fuera inolvidable, para que sintieran cómo le habían agradado sus sacrificios, pequeños en apariencia, pero de gran valor para Dios. ✧



La alegría de la pobre mujer les llenó el alma de entusiasmo

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. San Justino, mártir (†cerca de 165).

San Simeón de Siracusa, eremita (†1035). Nació en Italia. De padre griego, vivió como ermitaño cerca de Belén y en el Monte Sinaí, y más tarde en Tréveris, Alemania, donde falleció.

2. Santos Marcelino y Pedro, mártires (†304).

Beato Sadoc, presbítero y **compañeros**, mártires (†1250). Superior del convento dominico de Sandomierz, Polonia, fue despedazado por los tártaros, junto con otros 48 religiosos, mientras cantaban la Salve Regina.

3. San Carlos Lwanga y compañeros, mártires (†1886).

Santa Clotilde, reina (†545). Esposa de Clodoveo, rey de los francos, que mucho contribuyó a la conversión de éste. Después de quedarse viuda se recogió en la basílica de San Martín de Tours.

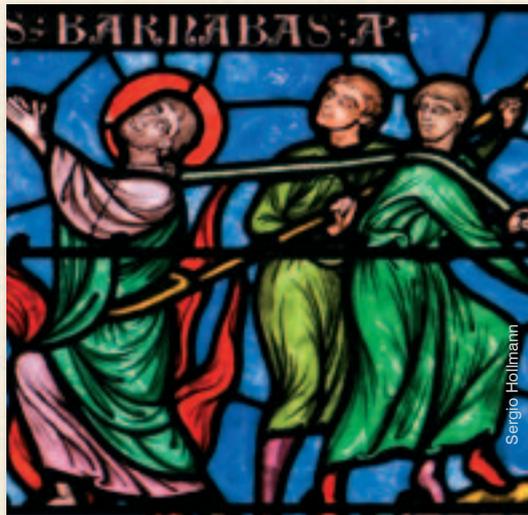
4. San Felipe Smaldone, presbítero (†1923). Apóstol de los sordomudos y de los ciegos, fundó en Lecce, Italia, la Congregación de las Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones.

5. Solemnidad de la Ascensión del Señor.

San Bonifacio, obispo y mártir (†754).

San Doroteo de Tiro, obispo (†s. IV). Obispo de Tiro, Líbano. Tras haber sufrido persecuciones en la época del emperador Diocleciano, fue martirizado por Juliano, en Varva, actual Bulgaria, a la edad de 107 años.

6. San Norberto, obispo (†1134).



"Martirio de San Bernabé" - Catedral de Bayona (Francia)

Beato Guillermo Greenwood, mártir (†1537). Monje cartujo encarcelado en el reinado de Enrique VIII de Inglaterra. Murió víctima del hambre y de las enfermedades contraídas en la prisión.

7. San Antonio María Gianelli, obispo (†1846). Obispo de Bobbio, Italia, se dedicó de modo especial a la asistencia a los pobres y a la santificación del clero. Fundó la Congregación de las Hijas de María Santísima del Huerto.

8. Beata María del Divino Corazón de Jesús, virgen (†1899). Religiosa alemana de la Congregación de las Hermanas de la Caridad del Buen Pastor, fallecida en Oporto. Promovió de modo admirable la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

9. San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia (†373).

Beato José de Anchieta, presbítero (†1597).

San Ricardo de Andria, obispo (†s. XII). Sacerdote de origen in-

glés, elegido Obispo de Andria, Italia. Se le atribuyen numerosos milagros.

10. Beata Diana de Andaló, virgen (†1236). Pronunció sus votos en las manos del propio Santo Domingo y, superados todos los obstáculos puestos por su familia, entró en el monasterio dominico de Santa Inés, en Bolonia, Italia.

11. San Bernabé, apóstol.

San Juan de Sahagún González de Castrillo, presbítero (†1479). Religioso de la Orden de los Ermitaños de San Agustín que logró la concordia entre los ciudadanos de Salamanca, España, divididos en sanguinarias facciones.

12. Solemnidad de Pentecostés.

Beata Mercedes María de Jesús Molina, virgen (†1883). Fundadora del Instituto de las Hermanas de Santa Mariana de Jesús, en Riobamba, Ecuador, para atender y formar a niñas pobres.

13. San Antonio de Padua, presbítero y doctor de la Iglesia (†1231).

Beato Gerardo de Claraval, monje (†1138). Dejó la carrera militar para ingresar en el monasterio de Claraval, Francia, dirigido por su hermano, San Bernardo.

14. San Metodiodio, obispo (†847). Patriarca de Constantinopla. De origen siciliano, fue monje en la isla de Quíos, Grecia. Recurrió a Roma para defender el culto a los iconos sagrados.

15. Beato Luis María Palazzolo, presbítero (†1886). Fundó en Ber-

gamo, Italia, la Congregación de las Hermanas Pobres y de los Hermanos de la Sagrada Familia, para dar asistencia a los enfermos, necesitados y mayores.

16. San Aureliano, obispo (†551). A los 23 años fue nombrado Obispo de Arlés, Francia, y enseguida vicario de la Sede Apostólica en la Galia.

17. Santa Teresa de Portugal, reina (†1250). Hija del rey Sancho I de Portugal y casada con Alfonso IX, rey de León. Tras la muerte de su marido ingresó en el monasterio cisterciense fundado por ella en Ourem.

18. San Gregorio Barbarigo, obispo (†1697). Creado cardenal por Alejandro VII, fue también Arzobispo de Padua, Italia, donde dio un gran impulso al seminario, enseñó el catecismo a los niños y promovió la reforma moral del clero.

19. Solemnidad de la Santísima Trinidad.

San Romualdo, abad (†1027).

Santa Juliana Falconieri, virgen (†cerca de 1341). Fundó en Florencia, Italia, la Orden de las Siervas de María, dedicada a la contemplación y al servicio de la caridad.

20. Beatos Francisco Pacheco, presbítero, y **compañeros**, mártires (†1626). Misionero jesuita portugués que junto a ocho compañeros fue quemado vivo en Nagasaki, Japón.

21. San Luis Gonzaga, religioso (†1591).

San Radulfo, obispo (†866). Abad benedictino elegido Obispo de Bourges, Francia. Demostró gran

solicitud por el perfeccionamiento del clero.

22. San Paulino de Nola, obispo (†431).

San Juan Fisher, obispo y **Santo Tomás Moro**, mártires (†1535).

San Albano, mártir (†cerca de 287). Soldado pagano convertido por el ejemplo y enseñanzas de un sacerdote que se hospedó en su casa. Murió decapitado tras sufrir atroces torturas.

23. San José Cafasso, presbítero (†1860). Gran amigo de San Juan Bosco, se dedicó en Turín, Italia, a la formación de los seminaristas y a la asistencia espiritual a presos y condenados a muerte.

24. Natividad de San Juan Bautista.

Beata María de Guadalupe García Zavala, virgen (†1963). Fundó en Guadalajara, México, la Congregación de las Siervas de Santa Margarita María y de los Pobres, para atender a los enfermos y necesitados.



Beata María de Guadalupe García Zavala

25. San Guillermo de Vercelli, abad (†1142). Infatigable apóstol de la vida de oración y contemplación, fundó numerosos monasterios en la Italia meridional.

26. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

San Josemaría Escrivá de Balaguer, presbítero (†1975).

San Pelayo de Córdoba, mártir (†925). Joven de 13 años despedazado con tenazas en Córdoba, España, por proclamar su fe en Cristo y defender su castidad ante las lascivas insinuaciones de Abderramán III.

27. San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia (†444).

Santo Tomás Toán, mártir (†1840). Catequista responsable por la misión de Trung Linh, en Nam Dinh, Vietnam, sufrió terribles suplicios en la prisión antes de morir de hambre y sed.

28. San Ireneo, obispo y mártir (†202).

San Juan Southworth, presbítero y mártir (†1654). Condenado a muerte por ejercer clandestinamente su ministerio sacerdotal en Inglaterra, durante el gobierno de Cromwell.

29. Santos apóstoles Pedro y Pablo.

Beato Raimundo Lúlio, mártir (†1316). Terciario franciscano de gran cultura e iluminada doctrina, se empeñó en predicar el Evangelio a los musulmanes del norte de África.

30. Santos Protomártires de la Iglesia de Roma (†64).

Beato Jenaro María Sarnelli, presbítero (†1744). Conoció a San Alfonso de Liguorio y se hizo redentorista, viajando juntos en misiones por Italia.



Sérgio Miyazaki

Un espectáculo para el alma

Este paisaje de exuberante belleza natural, las vastedades fragorosas de las Cataratas de Iguazú, invita a nuestro espíritu a contemplar el esplendor y la majestad del Creador.



Marcos Enoc Silva Antonio

Corría el año de 1541, época de descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo, cuando a la Isla de Santa Catarina, al Sur de Brasil, arribaba Álar Núñez Cabeza de Vaca, hidalgo español recién nombrado gobernador del Río de la Plata. Intrépido y osado como era, no dudó en continuar por tierra su viaje hasta Asunción, en Paraguay. Esto significaba recorrer yerros que no figuraban en los mapas, transponer ríos caudalosos y altas montañas, internarse en selvas vírgenes habitadas por tribus hostiles. Pero venciendo todo tipo de obstáculos, él y sus doscientos cuarenta hombres hicieron el recorrido en cuatro meses y nueve días.

Durante la larga travesía, al acercarse a la actual frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay, se encontraron con una vista sorpren-

dente y maravillosa al mismo tiempo: el mayor conjunto de caídas de agua de la tierra.

— ¡Santa María, cuánta belleza!

Esta exclamación de Álar Núñez dio el primer nombre a las espléndidas cataratas hasta entonces no contempladas nunca por ojos europeos: “Saltos de Santa María”.

El río del cual se originan era llamado por los nativos Iguazú, es decir, “agua grande”. Su inmensa masa líquida se despliega en más de doscientos saltos esparcidos a lo largo de un precipicio inclinado con casi 3 km de extensión. Y en el centro de este inmenso arco los ojos del visitante encuentran el más hermoso de los espectáculos: dispuestas en un apretado semicírculo, catorce caídas de agua de 80 metros de altura atronan sin cesar, formando magníficas cortinas de niebla que suben al cielo en medio de bonitos arcoíris. No fue sin

motivo que los primitivos habitantes llamaran a aquel sitio “el lugar donde nacen las nubes”.

* * *

Este paisaje de exuberante belleza natural, las vastedades fragorosas de las Cataratas de Iguazú, invita a nuestro espíritu a contemplar el esplendor y la majestad del Creador. Y, al hacerlo, brotan de nuestros corazones las palabras del Salmista: “Levantán los ríos, Señor, levantan los ríos su voz, levantan los ríos su fragor, pero más que la voz de aguas caudalosas, más potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor” (SI 93, 3-4).

Porque las Cataratas de Iguazú son antes que nada un espectáculo para el alma. Su tronante cántico es un continuo llamamiento a que el hombre recuerde que las obras de Dios son símbolos de una realidad más elevada. ✦



“Virgen del Milagro”,
Catedral Basílica de Salta
(Argentina)

Dario Ialorenzi

¿Qué hay que tú no puedas? Lo que tú quieres, eso se hará. [...] Lo que Dios con su poder, tú lo puedes, oh Virgen, con tus ruegos.

(San Alfonso María de Ligorio, “Las Glorias de María”)